

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

CHOERILI SAMII. — *Reliquiae*. Introduzione, testo critico e commento a cura di P. RADICI COLACE. Roma, «L'Erma» di Bretschneider (Biblioteca di Helikon. Testi e Studi, 13), 1979, XXI + 162 pp.

Es una necesidad sentida ya desde hace muchos años la publicación de ediciones nuevas de los épicos griegos arcaicos¹. El libro de P. Radici Colace viene a colmar esa laguna para uno de los poetas incluidos en el corpus de Kinkel hace ya más de un siglo: Quérilo de Samos. La autora ha estudiado pormenorizadamente el material —notablemente aumentado respecto de la edición de Kinkel—, muestra un conocimiento extenso de la bibliografía y ha comentado testimonios y fragmentos del autor de forma precisa y bien documentada, por lo que el libro se convierte en necesario punto de referencia para cualquier estudio posterior sobre el poeta de Samos.

Hay algunas pequeñas cuestiones de detalle que paso a reseñar brevemente: *Test. 2* (p. 2): en el aparato crítico debería decirse «secl. Flach» e indicarse con mayor claridad que «om. S.» quiere decir que el párrafo falta en el texto de *Suda*. *Test. 5* (p. 2): debe decir ταύτας, no ταῦτα. *Test. 6* (p. 2): tras περί ιστορίας debería indicarse «(fr. 18 Wehrli)». *Test. 13* (p. 4): sería mejor incluirlo entre los *dubia*. Van Groningen, en su edición de Euforión (Amsterdam 1977, test. 8, p. 9) lo considera referido a Quérilo de Yasos. *Fr. 1* (p. 15): κείνον (v. 1) es corrección de Victorius frente al ἐκείνον de los códices. Sería de otra parte de agradecer que aquí y en otros pasajes estudiados de antemano por la autora en publicaciones separadas se nos diera un breve resumen de sus conclusiones. En p. 21 falta «5» ante πάντη. *Fr. 1a* (p. 27): se cita la edición de Kassel de la *Retórica* de Aristóteles como fuente del texto, pero de hecho en tal edición aparece τοῖς λόγοις, no προλόγοις y se secluye, con Spengel, ἦ tras οδ, sin que conste tal información en el aparato crítico. *Fr. 3* (p. 35): γε μὲν ἦσαν ἀποικοὶ es corrección de Casaubon. La lectura de los manuscritos es ἀνθρωποὶ ἀποικῶν (o ἀπ' οἰκῶν). *Fr. 6* (p. 59 ss.):

¹ En estos momentos estoy trabajando en una edición de conjunto de los épicos griegos desde Eumelo y los poetas del Ciclo hasta Quérilo, inclusive, con destino a la Bibliotheca Teubneriana, en sustitución de la de Kinkel, *Epicorum Graecorum Fragmenta*, I, Leipzig 1877.

podrían haberse recogido en el comentario las glosas de Hesiquio *σάμαινα· είδος νεώς, ύδες έχουσα προτομήν* y Focio *σάμαιναι· πλοΐα Σαμία ύσιν έμφερείς τὰς πώρας έχοντα*. Fr. 7 (p. 65): en el aparato crítico, debe figurar *κολοβόν* en vez de *κολοβοῦ* como conjetura de Valckenaer, y *ἀνακτος*, no *ἀνάκτος*, como lección de AE. En p. 66, en la bibliografía sobre metáforas maríneas habría que incluir el libro de J. Péron, *Les images maritimes de Pindare*, Paris 1974. Fr. 10 (p. 83): en vez de *Θαλήτην* debe escribirse *Θαλήν* (en todo caso *Θάλητα* o *Θάλη(ν)*, variantes atestiguadas del nombre). Fr. 14 (p. 97): en éste, como en general en el resto de los fragmentos papiráceos, hay numerosas vacilaciones en la lectura de iota adscrita o suscrita, lo que produce inconsecuencias en la presentación (por ejemplo, en v. 3 *π[ολέμω]*, pero *στονοξέ[σφα]ι*). En el comentario sobre los Arimaspos (p. 100) falta la obligada referencia a Bolton, *Aristeas of Proconnesus*, Oxford 1962. Fr. 15 (p. 105): *σὸραγ[ας]* debería llevar acento. Fr. 16 (p. 107): es probable que en v. 5 *Ἄριστῆος* sea nombre propio (cf. Uebel, *AJP* 24/6, 1976, p. 218). En v. 6 parece clara la secuencia *ἰωὶ βοπάλωι κεφαλάν* y es probable la restitución *παγγαλκεἰῶι* si se compara con *Od.* XI 575. Fr. 18a (p. 113): la lección del papiro en el v. 2 es *κλωτοπέειν*. Debería constar en el aparato crítico que *κλωτοπέειν* es una corrección. En el v. 8 falta *1.v* ante *ἄγριον*. Fr. 18b (p. 115): no comprendo por qué la autora escribe *Φοῖβε κα[* en lin. 10 y no *Ζεὺς* en lin. 4 y 5. En el aparato crítico debe decir *ἀπ[αμειβομεν]*², sin acento y con guión. Fr. 21 (p. 123): en el v. 3 debe leerse *οἶός* en vez de *ὄϊός* y en v. 4 y en aparato crítico *ἀϋτᾶς*. Fr. 23 (p. 129): hay varias observaciones que hacer al aparato crítico: en el v. 9 *γεγάσ[ι]* es lectura de Mette, *Lustrum* 21, 1978, p. 37; en el v. 17 (p. 130) Lobel no lee *Σ[αλαμίς]* sino una forma casual de *Σαλαμίς*. En el v. 35 (p. 131) debería indicarse que ante *ρήτηρ(ι)οιν* Lobel lee, con dudas, *ἐπὶ* y Luppe, *Gnomon* 45, 1973, p. 327, confirma la lectura. *App. B* (p. 145): en el v. 13 debe decir *Ἰσχωρόου;* en el aparato crítico ha de corregirse «1» por «3». Resulta extraña la omisión de la columna II, lín. 1-8 del *P. Michael.* 5, que Crawford atribuye a Quérilo, igual que el final de la col. I, publicado por la editora.

El libro se completa con una comparación de números (p. 147), un índice de palabras (p. 149), con algunas inconsecuencias en su organización y un *index rerum notabilium* (p. 155). Falta en cambio un *index fontium*, que sería deseable.

Pese a estas pequeñas observaciones, la obra resulta sólida e interesante y contribuye decisivamente al conocimiento de este autor, casi olvidado por siglos, desde que Naeke le dedicara su ya añeja monografía de 1817, con las excepciones aisladas del trabajo de Huxley (*GRBS* 10, 1969, p. 12 ss.) y las menciones de Häussler en su obra de conjunto *Das historische Epos der Griechen und Römer bis Vergil*, Heidelberg 1976.

ALBERTO BERNABÉ

AUTOLYCOS DE PITANE. — *La sphère en mouvement. Levers et couchers héliques. Testimonia*. Texte établi et traduit par GERMAINE AUJAC avec la collaboration de JEAN-PIERRE BRUNET et ROBERT NADAL. Paris, Les Belles Lettres, 1979, 192 pp.

La tarea de editar en nuestra época, con lo que ello supone de rigor en materia de crítica textual, y de traducir, teniendo a la mano el cúmulo de conocimientos

² *ἀπ[αμειβόμενος]* me parece preferible si, como parece, es Zeus quien habla.

conseguidos hasta la fecha, los textos científicos griegos, que a partir del s. IV a. C. comienzan a adquirir un nivel nada despreciable de rigor científico, es una labor realmente importante. En nuestro caso el relieve aumenta al tratarse de Autólico de Pítane, un autor del que no se hizo una verdadera edición *princeps* hasta 1885 (Hultsch), puesto que en los siglos XVI y XVII sólo corrieron traducciones de traducciones de su obra al latín, y ello a pesar de que había sido un autor enormemente estudiado a lo largo de toda la Edad Media, como nos lo prueba el haber sido traducido primero al árabe (Bagdad, s. IX), luego, y siempre a partir de la versión árabe, al latín (Gerardo de Cremona, Toledo, s. XII), y finalmente al hebreo (Jacob ben Makir, Montpellier, s. XIII) —sobre esta peripecia en la transmisión, así como la historia del propio texto griego, J. Mogenet en 1950 escribió una excelente monografía, aspecto éste que ahora se descuida totalmente, dada, supongo, la valía del estudio de Mogenet—. A estas circunstancias verdaderamente relevantes, se une finalmente el que la edición está hecha por una persona versada ya en textos semejantes, como es el caso de la profesora Aujac, que cuatro años antes nos había ofrecido para esta misma colección la *Introducción a los Fenómenos* del astrónomo Gémino.

Hablemos primero del texto. Después de la meritoria labor de Mogenet, que también edita el texto griego de Autólico, el campo estaba ya bastante desbrozado, aunque la autora introduce algunas variaciones, a las que me referiré después. Pero en líneas generales puede decirse que la tradición manuscrita no es muy discordante, lo que facilitará lógicamente la tarea de crítica textual, y en este sentido el resultado de esta edición no es muy divergente del de la anterior. Ahora bien, en este autor el problema surge de su estilo, que es muy repetitivo, y, si a ello unimos lo variado de su transmisión, comprenderemos en seguida la situación: hay una gran probabilidad de que haya habido constantes interpolaciones aclaratorias o supresiones consideradas innecesarias a todo lo largo de su historia. Y es en este punto en el que la señorita Aujac se separa de la edición de Mogenet. Este último suprimía del texto toda una serie de pasajes que consideraba inclusiones posteriores, y los intercalaba en su edición de los escolios. Por el contrario, Aujac los mantiene, aunque, eso sí, los encierra entre paréntesis cuadrados y, normalmente, explica en nota la razón de su sospecha. El procedimiento, pues, está más en consonancia con las prácticas textuales de nuestra época, a lo que hay que añadir además que su análisis del texto transmitido es más detenido y pormenorizado en este terreno de los añadidos o de las supresiones. En los casos de interpolaciones claras añade en nota el texto eliminado, para que así el lector disponga de toda la información. Únicamente me atrevería censurar el que este procedimiento no se mantiene de forma sistemática, sino que hay ocasiones en que o no se explica, cuando a mi juicio sí era necesario, o no se menciona ni siquiera en nota, como sucede en el polémico pasaje de *Sphaer.* 2 con esa otra demostración reconstruida a partir de las versiones árabe, latina y hebrea (sobre este caso interesante para la transmisión y crítica textuales, cf. p. 177 del trabajo de Mogenet), donde tal vez la autora francesa debería haber actuado como en otros casos en alguna medida semejante, por ejemplo en p. 42, n. 4.

El aparato crítico está muy claro y preciso, frente al a veces farragoso de Mogenet. Y si en ocasiones no es tan completo como el de este último, no es menos verdad que el material eliminado es inoperante.

El valor de la traducción adquiere una relevancia especial al tratarse de un texto científico, con todas las dificultades que ello conlleva. El resultado es una versión clara y precisa, como corresponde a una persona versada en este apartado de la ciencia griega. Todo ello, además, va complementado con un buen cuerpo de notas explicativas, que facilitan lo arduo de la comprensión de un texto como éste. Sólo me atrevería sugerir que tal vez hubiese sido oportuno mantener el criterio, ya iniciado por Hultsch, de aumentar el material explicativo con la inclusión en nota de los diversos escolios a los lugares correspondientes, puesto que en esta clase de textos toda ayuda es poca para su precisa comprensión.

El volumen se cierra con los *Testimonia* de Papo de Alejandría, de Juan Filópono y de Simplicio a la obra de Autólico. Este complemento es igualmente importante por varias razones: de un lado supone una explicación complementaria al propio texto, pero también aporta una visión crítica de estos científicos posteriores, con lo que ello significa para el conocimiento de la evolución de la astronomía griega así como para una mejor comprensión de la trascendencia de la obra de Autólico.

En resumen, estamos ante un excelente trabajo, que alcanza además una eficacia especial al aparecer en una colección del prestigio de Les Belles Lettres. La edición de textos de este tipo suponen un apoyo importante no sólo para la historia de la Ciencia en cada una de las áreas específicas, sino también para la historia de la metodología científica. Y en este caso de Autólico de Pftane la profesora Aujac ha realizado un trabajo más que satisfactorio.

JOSÉ MARÍA LUCAS

TITE-LIVE. — *Histoire Romaine*, livre XLV. Fragments (tome XXXIII). Texte établi et traduit par PAUL JAL. París, Les Belles Lettres, 1979, CXXV + 319 (2 a 73 y 208 a 236 dobles) pp.

El *codex unicus* del siglo V, actualmente en Viena, a cuya casual conservación se debe la de los libros XLI a XLV de la *Historia* de Livio ofrece lagunas en casi todos ellos, como consecuencia de la pérdida de hojas sueltas o de algunos cuadernos. El libro XLV es uno de los menos afectados por estas lagunas, especialmente por las más extensas. Pero también es quizá el que ofrece mayor número de dificultades de lectura o manifiestos errores en toda la péntada. Paul Jal, que publicó también en otros volúmenes de la misma colección francesa los libros anteriores de este *corpus* de cinco (XLI-XLII, 1971; XLIII-XLIV, 1976), ha puesto fin con su edición y traducción, a la que en este tomo se une la de los fragmentos de toda la obra de Livio, a un texto crítico renovado de la péntada. A mi juicio, esta obra sustituye ventajosamente a la edición de Giarratano (Roma 1933) y a la más difundida, y más antigua también, de Weissenborn-Müller, cuya última revisión se remonta al año 1907, el mismo de la aparición de la edición facsímil del código de Viena de Wessely.

En el texto del libro XLV, igual que en los anteriores, Jal es más conservador que los editores de los dos últimos siglos: prefiere señalar las lagunas, con puntos suspensivos o con una *crux*, según las características de cada una de ellas, a suplirlas (4, 2; 10, 2; 10, 15; 12, 1; 24, 14; 26, 15; 34, 12; 39, 15; 42, 4; etc.). No

menciono entre esta clase de lagunas las correspondientes a las dos hojas de este libro que faltan en el códice de Viena, cuyos textos deberían encontrarse respectivamente entre los capítulos 21 y 22 y entre los 39 y 40. La voluntad conservadora de Jal se advierte en las pocas conjeturas personales que introduce (*ieramus*, en 22, 1, es la única que he advertido). En un texto tan trabajado desde el siglo XVI por tan excelentes latinistas y cuya fuente es un testigo único, es buen criterio el adoptado por Jal: en caso de necesidad, elegir entre las conjeturas emitidas y no añadir nada que no supla una clara falta del texto. La edición de los «fragmentos» también es importante: excluye dos de los 97 de Weissenborn-Müller, el primero de los cuales (72 W.-M., procedente del comentario de Servio a la *Eneida*) debería, a mi juicio, haber sido conservado. Si bien es cierto como dice Jal que Livio emplea la voz *caduceator* «une dizaine de fois» (exactamente once, según el léxico de Packard, de las que ya tres estaban recogidas en el *Glossarium Livianum* de Ernesti-Schaefer, de 1804), es igualmente muy probable que en algún lugar el historiador romano distinguiera su función de la de los *fetiales*.

Pero en este último volumen de la V década editado por Jal hay varios temas importantes más que poner de relieve, aunque sea en el breve espacio de una reseña como ésta. Me refiero a la introducción. Al estudiar el estado de la cuestión de la *Quellenforschung*, Jal añade una interesante comparación con otros historiadores de la época imperial, contemporáneos de Livio y posteriores, que trataron los mismos asuntos de este libro XLV: es un análisis especialmente luminoso para el examen de las relaciones de Tito Livio con Polibio («Introd.», pp. XXIV-XL). Lo mismo hay que decir del criterio de Jal sobre la unidad-libro en la obra de Livio (*ibid.*, p. C), en lo que coincide con la mayor parte de la crítica moderna desde Burck (1934).

En p. CVI ss. del mismo estudio preliminar, Jal examina algunos elementos literarios, e incluso ideológicos, que se advierten claramente en este libro XLV. Me refiero al papel de la *fortuna* en el curso de los asuntos humanos, y a la aparición en el relato del historiador de efectos sorpresa o de estupefacción, que hacen que la lectura del libro tenga un gran interés para los contemporáneos y los modernos que la hagan toda seguida, como sucedería con una gran novela u otra obra literaria de entretenimiento. Ése es probablemente uno de los factores que contribuyeron a la popularidad de Livio y a la expectación con que en su época se esperaba, sin duda alguna, la continuada aparición de sus libros. Quizá el editor francés se demora excesivamente en los comentarios sobre la utilización de la retórica y sus recursos en el libro XLV, sobre todo en los más de cuarenta discursos que contiene. Mi objeción a Jal, en este punto, no se refiere a la extensión que dedica a este importante aspecto del libro, sino a que se limita a parafrasear los textos de los discursos o a analizarlos en términos generales y poco técnicos. Es cierto que existen investigaciones anteriores que no hay que repetir, como las de Ullmann. Pero también es verdad que, al menos a mi juicio, no existe todavía un análisis retórico de los discursos incluidos en la obra de Livio, realizado desde la retórica de su tiempo, la que estudió y cultivó el propio historiador.

ANTONIO FONTÁN

CLEMENTE INNOGRAFO. — *Gli inediti canoni cerimoniali*. Prolegomeni, testo, incipitario a cura di MELINA ARCO MAGRÌ. Rivista di Tradizioni e Cultura classica dell'Università di Messina. (Testi e Studi, 12.) Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1979, 224 pp. + 1 h. de índice.

Pocos eran hasta ahora los κανόνες, casi todos de oficios de santos, que se habían publicado atribuidos a Clemente el himnógrafo. Y a pesar de los recuentos de su producción que debíamos a Émereau (1923), a Eustratiades (1949) o, más recientemente, a H. Follieri (*Initia hymnorum Ecclesiae graecae*, V 1, Ciudad del Vaticano 1966, pp. 286-287), y de las varias conmemoraciones del δσιος πατήρ, δμολογητής y ποιητής τῶν κανόνων que se leen en sinaxarios y menologios, y de haber poseído oficio litúrgico propio cuyos restos publicó y comentó Sofrón Petrides (*BZ* 12, 1903, pp. 571-581), su personalidad, patria y época habían venido escapando al interés por determinarlas de bizantinólogos y de liturgistas. ¿Habría sido discípulo o sucesor, en Grottaferrata, a fines del siglo XI o en el XII, de San Bartolomé, abad de aquel monasterio († c. 1065)? Pero a ello parecía obstar que se le encuentre celebrado ya como santo en sinaxarios copiados en códices de la misma época (p. ej., *Vat. gr.* 2046 o *cod.* 241 del convento de San Sabas). ¿O más bien se habrá tratado de un monje, en el siglo IX, de la comunidad de Studion, del círculo y ambiente de Teodoro Studita (759-826)?

Por la primera o por la segunda opción, mas sin lograr demostrarlas, se fueron inclinando hasta nuestros días, respectivamente, Sciommarì (1728) y W. Christ (1871), o Siber (1714), Pitra (1876-1884), Papadopoulos (1890), Krumbacher (1892), Bouvy (1896) y E. Marin (1897). En su reciente y amplia exposición sistemática, H. G. Beck no se resolvía aún a zanjar la duda.

Primer mérito de la excelente edición que reseñamos es haber puesto en claro, con una argumentación tan gradual y prudente como sólida, la conexión del himnógrafo con el monasterio de Studion y su muy verosímil identidad con el «letrado y piadoso hegúmeno» Clemente que menciona Teodoro en cartas de los años 821-823 (*PG* 99, cc. 1340-1341, 1621). La comparación efectuada por la editora entre los datos del oficio litúrgico y de los *canones* atribuidos a Clemente, convergen a la persona de un monje poeta, reverenciador de las imágenes, opugnador de los iconoclastas, despojado y desterrado por éstos y fallecido, como confesor de la ortodoxia, en el exilio. La obra y vida de Clemente tendrán que haberse extinguido antes del año 843, fecha del restablecimiento de la fe ortodoxa.

Los textos inéditos ahora publicados constituyen siete himnos, ninguno de ellos en loor de santos sino compuestos para ocasiones religiosas ceremoniales: toma de hábito monacal (I), consejos a súbditos (III, IV), rogación puesta en boca de enfermos próximos a la muerte (VII), celebraciones de exequias (II, V, VI).

El análisis de los paralelos conceptuales, procedimientos de estilo y técnica, suscripción acróstica en los θεοτόκια, cláusulas semejantes en el verso de cierre o en el comienzo de los troparios, apoyan muy válidamente, a mi juicio, la autoría adjudicada a Clemente por Melina Arco («Prolegomeni», pp. 38-45). Acaba de confirmarla el cotejo con partes asignadas a un Clemente en unos *triodia* inéditos (*Vat. gr.* 771, ff. 32^v-145^v) y con dos *canones* asimismo inéditos (*Cryptensis* Δ. α. XI, ff. 102^v-105^v y *Vat. gr.* 1840, ff. 82-90^v), que proceden del mismo himnógrafo.

La edición de estos siete himnos se funda en la colación de catorce códices, todos los de que Arco Magrì tiene noticia —uno de ellos, el hoy *Upsaliensis gr.* 7, de los siglos XI-XII, fue del Escorial—, cuya recensión y valoración crítica, exac-

tísima y penetrante, anticipa la óptima calidad del texto que se nos presenta, límpido y depurado, y del aparato crítico que lo acompaña.

Estos *canones* de Clemente, devueltos al siglo IX, responden, en la expresión y el sentimiento, a la condición sabida de tal género melódico-litúrgico. Es innecesario glosarla. El libro de Melina Arco Magrì brinda en el nuevo manojito de himnos un ejemplar filológico irreprochable a los indagadores de esta faceta de la espiritualidad y de la vida monástica bizantinas.

Además del aparato de lecciones variantes, lleva otro de fuentes bíblicas. No se ha querido, sin duda, que fuese más que parcial o indicativo, pues faltan referencias en muchos lugares a las que éstos evocan.

La disposición e impresión del libro es pulquerrima y muy raras las erratas. (En p. 11 tras Πεντηκοστάριον χαρμόσουνον falta un περιέχον; en pp. 9, 12, 13 y en ll. 27, 21 y 2, habrá que leer *Bibliotheca*; en p. 29 habrá de interpretarse el modismo latino como *post quem non* o *ante quem*; en pp. 193, 195, 198, 201 y 205, deberá enmendarse en *alium* (sc. *heirmon*) ca *exhibet* el *aliud* errado).

Se aducen aquí estas quisquillas minúsculas porque sirven, por contraste, para ensalzar como se merece, en todos sus aspectos, esta edición tan cabal.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO

II. LINGÜÍSTICA

KAIMIO, JORMA. — *The Romans and the Greek Language*. Commentationes Humanarum Litterarum, 64. Helsinki, Societas Scientiarum Fennica, 1979, 379 pp.

Este extenso libro es un estudio sociolingüístico sobre la posición del griego en Roma, en la literatura latina y en el Imperio romano, tanto en su parte occidental como oriental. Una vez más la escuela filológica finlandesa contribuye al estudio de las lenguas clásicas en su relación en el mundo antiguo. El autor en su introducción anuncia que proyecta un volumen sobre las otras lenguas indígenas en el Imperio romano, con el importante problema de la latinización y la resistencia de las mismas. En este volumen estudia la relación entre las dos lenguas desde los comienzos de la historia de Roma hasta el del reinado de Diocleciano, sin entrar en la relación de ambas lenguas en la iglesia cristiana, tema ya estudiado por otros autores.

Los progresos de la sociolingüística plantean al autor los límites en que puede aplicar sus métodos, dados los materiales más escasos, de lenguas que nos llegan desde tiempos lejanos. Sólo en Egipto, donde los papiros pueden en ciertos lugares y momentos formar una documentación abundante, se podrían estudiar las diversas funciones del lenguaje de que hablan los modernos estudiosos (oficial, provincial, literario, escolar, etc.) y los niveles (clásico, dialectal, pidgin, etc.).

De todos modos, la experiencia de los sociolingüistas es útil para el análisis de las fuentes antiguas. Comenzando por la presencia de los griegos en Italia desde tiempos remotos (sin entrar en la posible transmisión de elementos lingüísticos micénicos, ni en la presencia de griegos prehistóricos que la tradición conoce, p. ej., el Evandro de la *Eneida*), repasa K. las fuentes históricas y las investigaciones modernas. Y sigue desde el principio la presencia de tropas romanas en el

mundo helenístico. De estos contactos resulta la nivelación política y cultural que llega a considerar, sin necesidad de un filhelenismo marcado, la lengua griega como un elemento esencial en el Imperio.

El autor va analizando la documentación sobre el uso del griego. Las inscripciones conservadas son un documento auténtico, sólo limitado en su significación por haberse conservado en parte y con selección debida a la fortuna; pero en ellas se ve la vigencia del griego en todo el Imperio. Claro que el latín predomina, incluso en Oriente, para las dedicaciones de obras públicas, y aún más para los cipos miliarios. K. descubre (cf. p. 85 y *passim*) que la convivencia de ambas lenguas condujo a una cierta nivelación, sin que el griego se mantuviera como exclusivo de la parte oriental.

En cuanto al límite de las dos lenguas en la península balcánica matiza K. los trabajos anteriores, de Jireček a Gerov, con la consideración de que especialmente con Trajano y Adriano hay un reconocimiento mayor de la importancia del griego (p. 89), reconocimiento que pudo hasta determinar la decadencia de la literatura latina en el siglo II.

La exigencia de estadísticas en la sociolingüística lleva a K. a contar los datos, siempre parciales, que pueden ofrecer la parte conservada de Livio sobre las embajadas romanas a Oriente entre 205 y 167, para examinar el papel que pudo desempeñar en la selección de los embajadores su conocimiento de la lengua y la cultura griega (p. 102), o a analizar la significación cultural y social de hechos tan famosos como la embajada de los tres filósofos griegos en 155 a. C.

La primitiva distinción, largo tiempo mantenida, entre un Occidente latino y un Oriente griego, impuso una política de romanización en la Magna Grecia y en Sicilia, como luego en Marsella (pp. 32 s., 114, 206), lo que ha de tenerse en cuenta en la discusión, nunca extinguida, sobre si los dialectos griegos que han sobrevivido en Italia pueden conservar una tradición ininterrumpida desde la antigüedad.

Basado en la más abundante documentación que ofrecen sus papiros, sostiene K. que Egipto no recibió trato distinto de las otras provincias orientales; disiente en este punto de los conocidos trabajos de A. Stein (p. 124 ss.). Lo único en que reconoce K. una situación especial en Egipto es la falta de colonias romanas en su territorio, y por consiguiente un número menor de romanos residentes (p. 129).

Interesante sociológicamente, y K. no pierde la oportunidad de considerarlo, es el uso del griego en inscripciones funerarias de cristianos y judíos. El predominio del griego en ellas corresponde al origen étnico y extracción social de los sepultados y sus familias, pues aparecen inscripciones judías y cristianas en latín cuando se trata de gente «de mayores aspiraciones sociales» (p. 173).

A veces el lector filólogo de vieja escuela disiente de las estimaciones de K.: que en la parte oriental del Imperio encontremos en latín Minerva y no Atenea, Diana y no Artemis, etc. no quiere decir que se evitara nombrar a los dioses en griego (p. 187), sino que los nombres, en la *interpretatio* equivalentes, a nadie se le ocurrió nunca transcribirlos, como hacemos nosotros. Por la misma razón no nos preguntamos, como hace K. (p. 203), por qué el griego ocupaba una posición central en la educación romana: al aludir a la trascendencia que tuvo el hecho de que el gramático Q. Cecilio Epirota introdujera textos latinos en las escuelas y dar fríamente cuenta de que antes (y después) de ello el griego fuera considerado fundamental, K. escribe: «Greek literature was read and interpreted, but not only because Latin was not available, but mainly because of the high regard in which it was held». Esa «alta consideración» que merecía la literatura

griega no le venía sólo de que sobre ella «yacía el polvo del tiempo», como dice literalmente nuestro autor, sino porque Homero, Sófocles y Tucídides, y para el mundo antiguo Demóstenes, fueron incomparables, como siguen siéndolo, a pesar del igualitarismo no europeo de nuestra época.

A la anotación que hace K. (pp. 188, 318) sobre que en Oriente lo normal es el tipo exclusivamente griego de Pompeyópolis, Hadrianópolis o Constantinopla, cabría anotar que en Occidente entran en estos compuestos lenguas que no son el griego ni el latín: quizá el más antiguo es *Pompaelo*, fundada por Pompeyo en 75-74 a. C. con un nombre cuyo segundo elemento, el ibérico *ild-*, pervive en el nombre vasco actual de la misma ciudad: *Iruñea* (compárese también *Irún*); después tenemos en Hispania también *Octauiolca*, *Augustobriga*, *Claudionerium Flauioobriga*, y en la Galia nos bastará citar *Augustobona*, *Augustodunum*, *Augustodurum* y *Augustonemetum*.

Este hecho, y que no existan formaciones comparables con elementos de composición sirios o anatólicos o egipcios, nos hace apreciar la comparación que K. hace del griego en Oriente con el quechua (que se llamó «lengua general») durante la dominación española en América. El griego fue realmente una lengua general del Oriente romano, sin que las lenguas de los otros pueblos tuvieran mucho contacto con el latín. Por eso el griego es, a la vez que incomparable lengua de cultura, el mediador con las gentes extrañas, a veces incluso reducido a jerga intermedia o pidgin (p. 315).

De los conflictos de lenguas que presenció el Imperio romano, y que se tradujeron en la romanización de vastos territorios, y en la desaparición del etrusco, de las lenguas itálicas, de casi todo el griego de las colonias occidentales, del ibérico, y luego del celtibérico, el galo y todo el celta continental, y de tantas otras lenguas, no sabemos mucho. La lealtad de aquellas gentes a sus lenguas no se manifestaba en rebeldía y apego como ocurre en nuestro tiempo. K. ha tocado este punto (p. 323 ss.) con acierto y ha señalado que Roma desarrolló una política lingüística, una verdadera política, que condujo a la latinización del Occidente.

ANTONIO TOVAR

BASSET, L. — *Les emplois périphrastiques du verbe grec μέλλειν. Étude de linguistique grecque et essai de linguistique générale*. Collection de la Maison de l'Orient Méditerranéen Ancien, 7. Série philologique, 1. Lyon, Maison de l'Orient, 1979, XII + 245 pp.

El libro de B. tiene como objetivo examinar la historia de los empleos perifrásticos de μέλλω y, de este modo, contribuir a la formación de una teoría sobre la aglutinación verbal y la constitución de las formas perifrásticas verbales. Sin embargo, las conclusiones desbordan ampliamente el problema concreto de la historia de μέλλω o el más general de la teoría de las perífrasis verbales y se refieren al conjunto de las categorías expresadas por el verbo. Empecemos por decir que la riqueza de observaciones filológicas que contiene el libro (sobre todo, a propósito de los ejemplos homéricos de μέλλω) y la trascendencia de las conclusiones que se obtienen, tanto acerca de las fases a través de las cuales se constituye la perífrasis, como acerca de la definición de las categorías verbales, hacen que el libro de B. requiera una lectura atenta y minuciosa, y que también

el resumen en este lugar del método y las conclusiones de B. sea difícil, porque sería necesario disponer de mucho espacio para exponer con precisión las ideas de B.

En la génesis de una forma como el futuro de las lenguas romances se distinguen tradicionalmente distintas fases cronológicas: a) la combinación de dos unidades significativas autónomas en un sintagma estable; la síntesis de ambos elementos en una unidad en virtud de la tendencia mecánica a evitar el análisis; b) su funcionamiento como equivalente expresivo del futuro; c) la perífrasis suplantada a la antigua forma de futuro como expresión gramatical de esta categoría; d) finalmente, la unificación del acento y, eventualmente, ciertos cambios fonéticos especiales. B. sostiene que μέλλω con infinitivo es durante toda la historia del griego una perífrasis expresiva del futuro: los usos autónomos existentes ('dudar', etcétera) son secundarios y no heredados, y no existen otros usos autónomos a partir de los cuales hayan surgido los usos perifrásticos. En las consideraciones de B. sobre el valor originario de μέλλω y la crítica de las etimologías propuestas hasta el momento, juega un papel esencial el hecho de que μέλλω con inf. de futuro sea frecuente en Homero. De ello B. concluye que μέλλω es en origen un verbo de opinión semejante a ἔοικε, por el que es glosado a veces en los escolios. Sea cual fuere la forma etimológica que se establezca, su significado, hasta donde se puede reconstruir, ha debido de ser semejante al de ἔοικε, δοκεῖ, etc.

La descripción de μέλλω en la lengua homérica permite reconstruir un estadio anterior y, al mismo tiempo, observar fases diferentes de evolución hasta la constitución de la perífrasis. Partiendo de las clasificaciones de usos de μέλλω de Cunliffe y Platt, B. logra establecer las siguientes reglas para Homero: 1) μέλλω con inf. de presente o aoristo expresa probabilidad en el presente o futuro; 2) ἔμελλον con inf. de futuro expresa inminencia (aspecto prospectivo) o destino (aspecto retrospectivo). En el proceso que conduce a la perífrasis se pueden distinguir los siguientes pasos: limitación de μέλλω al tema de presente en indicativo; incapacidad de poseer sujeto propio distinto del del inf.; negación única; y regulación automática de la forma de inf. Es en este estadio en el que la aglutinación sintagmática ha llegado a formar perífrasis, pues, si hay una única marca temporal, es que hay una sola forma verbal. Así, el uso 1) sería ya en Homero un arcaísmo en vías de desaparición, mientras que el uso 2), expresando el destino (que resulta de la síntesis de las nociones de probabilidad y futuro), muestra la perífrasis plenamente constituida. En estos ejemplos el tiempo de ἔμελλον no se refiere al pasado, pues lo que expresa es la constatación actual de la necesidad de un suceso pasado.

En época clásica la perífrasis adquiere usos modales, además de sufrir una fuerte tendencia a la resemantización léxica ('dudar') o sintáctica (como variante expresiva del futuro o como forma gramatical para expresar el futuro de pasado en oraciones principales). En realidad, según B., la integración del futuro como tiempo de indicativo y del eventual como modo diferenciado del indicativo es un hecho convencional, porque ambos vinculan con la realidad una acción verbal, y los modos de integrar en la realidad una acción son puramente graduales. Lo que en la lengua homérica se expresa mediante un eventual en oración principal en la prosa clásica se expresa mediante la perífrasis de μέλλω; sin embargo, la gramática tradicional clasifica lo primero como un modo y lo segundo como un tiempo. Lo que refleja, pues, el valor modal de la perífrasis es la identidad funcional con un modo griego del sistema verbal. Por esa razón, el examen de la

perífrasis con μέλλω en la lengua clásica puede contribuir a determinar las diferencias existentes entre los modos eventual, potencial e irreal, según se distinguen en la gramática griega.

La historia de μέλλω muestra que los valores modales son producto de la evolución diacrónica y la aglutinación de antiguos lexemas que expresaban la modalidad de la frase (o la situación de partida) con los lexemas que expresan el *factum*, mediante la asociación de ambos. En las lenguas ide., sin embargo, la unificación fonética sólo parece haberse llevado a cabo cuando el auxiliar seguía al auxiliado, pero no en los ejemplos contrarios. El ejemplo de la historia de μέλλω favorece, pues, la idea de que las desinencias gramaticales han aparecido gracias a la aglutinación.

El análisis del enunciado verbal en modalidad (operación mental y situación de partida, nynegocéntrica en principio) y *factum* permite definir también, según B., las categorías verbales en su relación mutua. Además, existe una relación genética entre estas categorías verbales, que están estructuradas de manera que permiten al hablante expresar una acción cada vez más exterior a su subjetividad: μέλλω con infinitivo adquiere primero valores aspectuales (prospectivo o retrospectivo); más tarde y a partir del valor retrospectivo o prospectivo, valores temporales de pasado o de futuro expresivo; finalmente, valores modales. Los modos de la voluntad (voluntativo, cupitivo) y los de la hipótesis tienen en común el hecho de no entrar en enunciados asertivos. Son, pues, grados suplementarios de la evasión que hace el hablante de su actualidad y de lo real. Los valores de posibilidad son eliminados progresivamente (desaparición del eventual en oración principal) o recaracterizados (mediante ξν), y sólo perduran los valores modales de la voluntad (el subjuntivo es no asertivo en francés y otras lenguas romances). Esta evolución invita a suponer que en los modos los valores de posibilidad han sido históricamente anteriores. La observación de que μέλλειν con inf. adquiere primero los valores de posibilidad, pero ignora los de la voluntad, favorece, según B., también la idea de que eventual y potencial son anteriores a voluntativo y cupitivo, respectivamente. Esta primacía histórica se debe explicar por la desaparición progresiva, en el curso de la aglutinación, de la referencia a una situación de hecho.

El breve resumen del contenido del libro de B. que antecede muestra la importancia de las conclusiones en él obtenidas, el rigor del método utilizado y la claridad lograda en la exposición de un tema sumamente complejo. En conclusión, el libro de B. es excelente y novedoso.

EMILIO CRESPO

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

PREISSHOFEN, FELIX. — *Untersuchungen zur Darstellung des Greisenalters in der frühgriechischen Dichtung*. Hermes, Einzelschriften, Heft 34. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag 1977, 126 pp.

La obra de Felix Preisshofen fue presentada como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo de Alemania y aborda el estudio de la representación de la vejez en la poesía griega arcaica.

Divide Preissshofen su trabajo en cuatro capítulos precedidos de una introducción y seguidos de un índice de autores y lugares estudiados, siempre de gran utilidad en esta clase de trabajos a la hora de una consulta sobre un determinado autor. La parte más importante y central de la investigación se halla en el capítulo segundo, donde se analizan e interpretan los pasajes de los distintos autores y la posición de éstos ante la vejez.

Comienza el autor alemán por hacer en la «Introducción» un examen crítico de los trabajos que anteriormente se han ocupado del tema de la vejez en Grecia y resalta los aspectos negativos y positivos de los mismos. Así son sometidos a juicio principalmente las obras y opiniones de autores como Schweingruber, Richardson, Schadewaldt, Hohnen, Schütz y Harbsmeier. Las fuentes, dice, han sido empleadas de forma insuficiente o se han agrupado sin tener en cuenta su procedencia cronológica; la parcialidad, en fin, de algunos trabajos ha motivado el que no se haya podido llegar a conclusiones generales válidas. De todas formas, desde un principio, reconoce Preissshofen las limitaciones con las que también él ha de realizar su estudio, debido al estado en que nos han llegado los textos que se examinen y a las mismas dificultades que surgen cuando se pretende precisar a qué edad situaban los griegos la vejez. El no tiene en cuenta la diferencia de géneros como problema formal y su trabajo se centra en las descripciones sobre la edad en boca de los propios poetas o en los personajes de sus poesías. Las interpretaciones de los pasajes intentan, además, descubrir las peculiaridades de cada poeta.

El capítulo primero, «La vejez y los dioses», le sirve como introducción al problema y para resaltar algunos motivos ejemplares en el campo divino, que después se reflejan entre los hombres. Ciertamente la edad y la muerte son dos circunstancias que principalmente separan a los dioses de los hombres. La divinidad puede ser vieja, pero no envejecer, como los hombres; lo primero incluso es considerado como algo positivo por Hesíodo. La ejemplificación en Titono de la ruina sin fin es la otra cara de la moneda de la vejez en el mundo de los dioses. El hombre griego, al volver sobre sí mismo, tras ese espectáculo, es consciente de la diferencia entre los dos mundos, pero sólo en la comparación, y no en los dos ambientes por separado, se mostrará pesimista ante la vejez.

El capítulo segundo, «La representación de la vejez en la poesía desde Homero a Píndaro», es un estudio e interpretación de los pasajes de los poetas griegos desde Homero a Píndaro en los que se habla de la vejez o se la opone a las otras etapas de la vida del hombre. Los resultados son recogidos en gran parte en el capítulo tercero, «Motivos en la descripción de la vejez». Así Preissshofen ofrece un catálogo de motivos, que articula en tres apartados, que recogen respectivamente: 1) Los síntomas de la vejez (internos y externos), según los distintos autores. A este respecto se destaca, por ejemplo, cómo Ibico, Semónides, Baquilides y Píndaro no proporcionan a este respecto detalle alguno sobre la vejez, como pueden ser la pérdida de fuerzas, los cabellos blancos (externos), más sabiduría, rectitud en el saber (internos), etc. 2) La vejez y su dependencia del mundo que la rodea. La familia, la ciudad, la oposición a la juventud, etc., son motivos en los que los autores no ofrecen una posición unitaria, destacándose las semejanzas a este respecto entre Homero, Hesíodo, Teognis y Píndaro, por un lado, y Alcman, Ibico y Safo, por otro, por referirnos, por ejemplo, a la influencia o no de la familia. 3) Actitud ante la vejez y su dependencia del concepto de edad. Se resalta aquí el predominio de la polarización de la vida del hombre griego en juventud

y vejez, así como la preocupación de muchos poetas sobre la vejez sólo cuando ellos mismos han llegado a esa etapa de su vida.

En el bien documentado estudio de Felix Preisshofen destacaríamos, entre otros méritos y resumiendo mucho sus propias conclusiones del capítulo cuarto, «La poesía griega arcaica y su posición ante la vejez», el hecho de haber demostrado con su detallado examen de la poesía arcaica griega la falta de una postura unitaria entre los griegos ante el fenómeno biológico de la vejez y el haber resaltado la importancia que se debe conceder, si se desean extraer conclusiones válidas, al análisis de la estructura del mundo que rodea al poeta (ciudad, familia, época) y al concepto de edad en la época y en los autores que se someten a estudio. Es muy amplio, en fin, el espectro de los juicios en torno a la vejez en los poetas arcaicos griegos, a pesar de las coincidencias, para que podamos seguir tomando la postura aislada de uno de ellos, aunque se llame Mimnermo, como modelo de toda una época e incluso de toda una cultura.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

DAWE, R. D., DIGGLE, J. y EASTERLING, P. E., edd.—*Dionysiaca. Nine Studies in Greek Poetry* by former pupils presented to Sir DENYS PAGE on his 70th birthday. Cambridge, Cambridge University Library, 1978, XIV + 203 pp.

Con ocasión del septuagésimo aniversario de Denys Page un grupo de alumnos suyos —todos ellos de gran renombre en las letras clásicas, lo que a la postre habla de la talla del maestro— recogieron en este volumen nueve trabajos sobre la poesía griega. La gran pena —no sólo para ellos, sino igualmente para toda la Filología Clásica del mundo— es que al poco tiempo (julio de 1978) moría. Sirvan estas líneas recordatorias de modestísimo homenaje.

El volumen se abre con la bibliografía de Page: desde su primer libro en 1934 sobre las «interpolaciones de los actores» en la Tragedia griega, hasta sus *Epigramas de Rufino* de 1978 —no está aún incluido sus póstumos *Further Greek Epigrams* con el resto de los epigramas no recogidos en los dos volúmenes anteriores y publicados en colaboración con Gow—.

El primer trabajo es de W. S. Barrett: «The *Oligaihidai* and their victories (Pindar, *Olympian* 13; *SLG* 339, 340)». Su pretensión inicial es tratar de armonizar el texto pindárico con la digresión del escolio sobre la genealogía de la familia de Jenofonte de Corinto, vencedor olímpico a quien va dirigida la *O. XIII*. La solución propuesta sigue los pasos de una sugerencia de Dissen: no se ha de abandonar la genealogía del comentarista, sino la construcción sintáctica normalmente admitida. Ahora bien, la información del escoliasta es bastante más amplia, y Barrett se interroga por su fuente de información, para lo que sugiere un fragmento papiráceo (= *SLG* 339 (a), 340 Page) perteneciente tal vez a un epinicio de Simónides. El autor, haciendo gala de una gran *acribia* filológica, trata de concordar ambos textos, aunque para ello se ve obligado a introducir un par de conjeturas suplementarias al texto del escolio, tipo éste de texto mucho menos cuidado en la transmisión de los estrictamente literarios. La propuesta final es que Terpsias es hermano de Pteodoro —abuelo del vencedor Jenofonte— y padre de Namértidas, que a su vez lo es de Autólico; respecto a Eritimo la versión principal lo hace hijo de Terpsias, mientras que para la variante lo es de Namértidas.

LI, 2.º — 12

Ch. Carey en un genérico «Pindarica» reúne cuatro observaciones sobre el poeta de Cinoscéfalos. La primera trata de dilucidar la alusión histórica posible en *P. I* 50 ss., donde se compara a Hierón con Filoctetes en una campaña reciente del primero: Carey propone que la referencia es a la victoria del tirano siciliano sobre los etruscos en Cumas en 474 a. C. En el punto 2 sugiere que el mito de la advertencia de Temis a los dioses en *I. VIII* hay que interpretarlo como apoyo a la parte inicial de la oda, mientras que el de la alabanza de Aquiles está orientado al elogio de Nicocles y de Cleandro. El apartado 3 contiene dos lecturas en *I. VIII* divergentes de la ed. de Teubner: v. 11 παροιχόμενον (conjetura de Benedictus); v. 46a συναλέγειν (MSS) y 47 ἀνακτε (Triclinius). Finalmente, en 4 propone que el «testigo» de *N. VII* 49 no puede referirse al propio Píndaro, sino a Neoptólemo, Apolo, o al θεός del v. 32.

H. Lloyd-Jones, tras recordar cariñosamente la época en que colaboró con Page en revisar el comentario al *Agamenón* iniciado por Denniston, agrupa en sus «Ten notes on Aeschylus, *Agamenón*» diez breves observaciones en torno a otros tantos pasajes de la tragedia esquiléa, en las que deja patente su gran agudeza filológica al trabajar sobre una obra tan elaborada.

A. F. Garvie en «Aeschylus' simple plots» mantiene el criterio normalmente admitido de que la estructuración dramática de las obras esquiléas es lineal, es decir, que la acción dramática se desarrolla de manera continua y progresiva de sus comienzos hasta el clímax final. Pero añade, y a esto dedica el centro del trabajo, que en diversos momentos el poeta introduce incertidumbres y sorpresas que rompen ese trazado rectilíneo, aunque estas interrupciones, que están orientadas a un mayor efectivismo dramático, nunca socavan la unidad básica de la obra.

R. D. Dawe en el *CQ* de 1967 había vuelto a refutar la en esos momentos renaciente idea de la autenticidad del final de *Siete*, basándose en consideraciones de contenido. Siete años después Erbse se muestra reacio a admitir tal criterio en *Serta Turyniana*, pp. 169-198. En contestación directa a este último el filólogo inglés vuelve a la carga en «The end of *Seven against Thebes* yet again», donde, con argumentos esta vez lingüísticos y métricos, rechaza la autoría esquiléa de esta parte de la tragedia. Para Dawe las partes espurias son en concreto: 822-831, 848-874, 996-997 y 1005-1078.

Frente a las cada vez más crecientes e intensas críticas del *Prometeo encadenado* como obra esquiléa —por lo que yo sé, las primeras reservas comienzan ya en 1869 con Westphal sobre hechos de métrica—, la postura tradicional ha tratado de explicar en ocasiones las «peculiaridades» de esta pieza como un influjo siciliano en alguna de las estancias del poeta en esas tierras. Pues bien, M. Griffith, que un año antes (1977) había escrito un libro poniendo en tela de juicio la atribución tradicional, ahora en «Aeschylus, Sicily and Prometheus» reitera su postura, tratando en esta ocasión de descalificar las pretendidas influencias sicilianas.

En «The second stasimon of Antigone» P. E. Easterling trata de arrojar luz sobre este pasaje sofocleo siguiendo una senda intermedia entre las interpretaciones extremas —entre la de, por ejemplo, Ronnet, para quien se trata de un cúmulo de lugares comunes expresados de forma maravillosa, y la de, entre otros, Müller, que ve en este estásimo un brote de ideas nuevas. El intento es loable, pero el resultado un tanto subjetivo e inaprensible.

La colaboración de J. Diggle, «On the *Helen* of Euripides», reúne ocho notas sobre otros tantos pasajes de la obra eurípidea. Fundamentalmente son cuestiones

de crítica textual, aunque en algún caso se trata de hechos de sintaxis y de métrica.

El volumen se cierra con «Eurípides, *Iphigenia at Aulis* 919-974» de M. Ritchie. Frente a los que pretenden ver constantes «interpolaciones» de todo tipo de procedencias en esta tragedia eurípidea, Ritchie, tras un examen detenido de este parlamento de Aquiles, llega a la conclusión de que esta parte, al menos, de la pieza es de autoría plenamente eurípidea.

En resumen, el volumen, a pesar de lo dispar del contenido, es interesante tanto por la actualidad de los puntos que se debaten como por la categoría filológica de los colaboradores.

JOSÉ MARÍA LUCAS

VÍLCHEZ, M. — *El engaño en el teatro griego*, Barcelona, Planeta, 1976, 277 pp.

El tema de este libro es mucho más amplio que lo que su título dice, pues no se trata sólo del engaño del héroe o del dios en la tragedia griega. Y digo tragedia porque la parte dedicada a la comedia es mínima. Se trata, por el contrario, de recoger las manifestaciones del engaño en el mito y en la literatura pretrágica y observar su funcionamiento en los niveles del teatro. La autora lo dice expresamente: «nuestra intención consiste en analizar la función que un mismo elemento, adscrito al mito —el tema del engaño del héroe y del dios— que se inserta en distintos sistemas ideológicos, desempeña en cada uno de ellos y, a su vez, las diferencias de significado de dicho elemento arcaico, determinado por la inserción del mismo en uno u otro sistema».

No es difícil advertir que se aplica una metodología compleja: de un lado, se opera con un criterio diacrónico, histórico, puesto que se hace evolucionar a un determinado elemento temático y, de otro, se opera con un criterio sincrónico, de sistema, dado que ese elemento se le pone en relación con una dimensión sintagmática de otros elementos dentro de un campo de ideologías determinado. De aquí que Vílchez hable de un primer nivel, esto es, lo que viene dado por la tradición, y de un segundo nivel, que es la reinterpretación que los autores trágicos, fundamentalmente, hacen de aquel primer nivel.

El libro se estructura en tres partes: en la primera se estudian las características del héroe y del dios procedentes de la visión mítica y de la tradición, dividida esta primera parte en cinco capítulos: aquí encontramos aspectos importantes como es la racionalización y moralización de los elementos míticos heredados. En la segunda parte se presta atención, ya de forma directa, al engaño y *apate* en el teatro griego. Se producen en esta parte observaciones de sumo interés: el engaño de Clitemestra y Egisto al dar muerte a Agamenón, en la *Orestíada* de Esquilo, es de tipo muy diferente al engaño de Orestes cuando regresa del exilio. En el primer caso, el engaño no recibe apoyo del lado de la justicia divina, en el segundo es sancionado por Apolo y la *polis*. Quizá el error consista en pretender explicar la funcionalidad trágica de la *Orestíada* a partir de estos elementos que, en todo caso, son elementos del material mítico y subordinado. Asimismo, me parece una observación aguda el cambio que el engaño, en relación con el éxito, sufre en la interpretación que la autora hace del *Filoctetes* de Sófocles: Odiseo, pese a su habilidad para la mentira y el engaño, se estrella frente a la honradez y firmeza de Filoctetes. Mas la antítesis queda neutralizada en el personaje Neoptólemo,

que busca la persuasión y no el engaño. Por último, en la tercera parte, se desarrolla plenamente el tema del libro: en perspectiva estructural, se estudian las posiciones neutras de los diversos dramaturgos ante el elemento heredado y superación y racionalización de esos elementos debido a numerosos factores que afloran en un segundo nivel.

La dificultad, a mi parecer, de esta obra radica en la excesiva abstracción con que se manejan elementos culturales, haciéndolos entrar en un juego de combinaciones sistemáticas, ya de oposiciones, ya de neutralizaciones, como si de formas gramaticales se tratara. Esto de una parte. De otra, la tendencia a subordinar lo relevante de una tragedia a un tema, que como el engaño, en muchos casos es indiferente a la intencionalidad del dramaturgo.

Un ejemplo del primer caso lo tenemos en p. 34: al hablar del engaño del dios mítico, la autora marca la diferencia con el engaño del héroe en que las características de éste, cambio de personalidad, intriga y mentira, se realizan de la misma forma en el dios mítico, pero relacionadas con «lo milagroso». Se observa que se aplica un análisis estructural, con un rasgo nuevo y distintivo, «lo milagroso», cuando aquí lo apropiado hubiera sido, puesto que se trata de dos niveles opuestos ya de por sí, un análisis etiológico: el cambio de personalidad y demás notas en el dios mítico son inherentes porque él es el autor directo frente al héroe que las recibe de otro.

Del segundo caso, valga el ejemplo de Filoctetes, en p. 121: como ya hemos dicho, tiene razón la autora al mostrar que Sófocles pone el acento en Neoptólema como héroe que huye del engaño y busca la persuasión, frente a Odiseo y al propio Filoctetes. Lo que acontece es que Sófocles, como es habitual, busca la creación de un nuevo tipo humano: ni la astucia engañosa de Odiseo ni la postura intransigente de Filoctetes. En este contexto, el engaño es utilizado para una nueva concepción humanista de Sófocles, a la que se subordinan los elementos heredados. Ello implica, más que un análisis estructural, un análisis en espiral con un epicentro en torno al que giran los motivos parciales. Y lo curioso es que Vílchez opera con frecuencia, quizá sin darse cuenta, en esta línea.

Con todo, el libro ofrece gran interés: sus diversos temas son atractivos, el pensamiento griego se muestra vivo, haciéndose y deshaciéndose, y, sin duda, la tragedia griega adquiere perspectivas nuevas.

A. DÍAZ TEJERA

GARCÍA NOVO, ELSA. — *Estructura compositiva de «Edipo en Colono»*. Madrid, Universidad Complutense, 1978, XV + 304 pp. + XVII cuadros.

Los estudios sobre técnica dramática alcanzaron un importante desarrollo a finales del siglo pasado y principios de éste. En el caso concreto de Sófocles la postura extrema se alcanzaría en 1917 con el conocido libro del malogrado hijo de Wilamowitz. Su postura estremada iba a producir una reacción que podríamos llamar conceptual, y que supondría además un abandono del estudio pormenorizado de la estructura formal del Teatro griego —no obstante, en ese período aparecerá algún que otro libro importante, como el de Nestle (1930) sobre la «entrada», o el de Kranz (1933) sobre el estásimo, o el de Peretti (1939) sobre el *epirrema*, y algún otro—. Ahora bien, a partir de principios de los años cincuenta

—podemos decir que el trabajo de Duchemin (1945) sobre el *agón* es el pionero de esta nueva época— va a haber un renacimiento de este tipo de estudios, en los que me parece observar en general una característica determinante frente a la etapa anterior: ahora se rehúye la preocupación diacrónica por marcar la evolución desde los estadios rituales, o sea, preliterarios de los diferentes elementos formales; y la atención se centra en hacer la descripción del Teatro conservado. Pues bien, en este marco filológico hay que encuadrar el libro que hoy reseño.

El trabajo está claramente estructurado en tres partes: primero, un análisis minucioso de la obra escena por escena; en segundo lugar, una síntesis del funcionamiento de los diversos elementos formales: *resis*, *esticomittá*, elementos de transición, *estásimo* y *amebeo*; para terminar con una visión unitaria de la tragedia. Y todo ello hecho con gran pormenor y detallado conocimiento bibliográfico.

En la introducción nos habla la autora de algunos presupuestos metodológicos: «Tipo de contenido, estructura formal y función son los tres puntos claves para este estudio. Se atiende también a la distribución en las unidades complejas» (p. XI). La lectura de estas líneas nos predispone ya favorablemente antes de pasar incluso a los capítulos propiamente dichos. Y, en efecto, la autora va analizando todos y cada uno de los elementos formales de cada escena a la luz de estos cuatro instrumentos de trabajo. El estudio de cada *episodio* o pasaje lírico se inicia con una serie de propuestas textuales frente a la edición de Pearson, que utiliza como base; continúa con una descripción pormenorizada de cada elemento formal desde la perspectiva de las categorías arriba aludidas; y en los períodos líricos se completa con una detenida descripción métrica del pasaje en cuestión.

Tras pasar revista, verso a verso, a toda la obra, la autora sintetiza los valores que ha ido encontrando en las diversas unidades elementales, siguiendo en este punto muy de cerca las directrices, por ejemplo, de Jens y su escuela en el conocido libro *Die Bauformen der griechischen Tragödie* (1971). Y finalmente, frente a los detractores de la unidad de esta obra sofoclea, se alinea al lado de los unitaristas, proponiendo su personal interpretación sobre la organización total de la tragedia. Para ella hay claramente dos partes, que se articulan en torno a los cuatro tetrámetros trocaicos catalécticos de Teseo en 887-890: 1-886 y 887-1779. Ambas de extensión muy semejante, y en las que se desarrolla un doble proceso: «el suplicante vencido» a partir de ese momento-gozne se vuelve «suplicante vencedor».

El libro, dentro de las directrices en que se orienta, es un excelente trabajo, que habla mucho en favor de las cualidades filológicas de la autora. El análisis es pormenorizado y muy metódico, con todo lo que eso supone para la mejor comprensión verso a verso de esta tragedia, tan distinta en muchos aspectos de la restante producción sofoclea, en especial las obras anteriores a *Electra*. De todas formas, me atrevería a disentir en un punto, tal vez importante. Antes he mencionado el paralelismo general de este trabajo con el grupo en torno a Jens, y creo que este libro peca de la misma dolencia, que ya en otros lugares he comentado: el análisis de la estructura formal de una obra dramática no debe reducirse a los niveles elementales, sino que es preciso darse cuenta de que existen unidades superiores, que también hay que contrastar unas con otras. Por ejemplo: está bien precisar los diferentes tipos de *resis* que nos aparecen en una obra o en un autor o en todo el género; pero es tal vez más importante descubrir cómo se organizan, en colaboración con otros elementos, en unidades más amplias —por ejemplo, el *agón* o la escena del Mensajero—, y cómo este elemento superior puede verse alterado en aras de intenciones de variado tipo, aunque sigan manteniéndose unos

mínimos. En este sentido hay ocasiones en que no se explicita la función de una escena entera, aunque, eso sí, los componentes de que consta se analizan meticulosamente, pero al final el lector no saca una idea clara del conjunto. Y a todo ello habría que haberle añadido consideraciones diacrónicas para destacar más la descripción sincrónica —por ejemplo, p. 143, n. 56, donde se sospecha que tal vez haya una cierta relación entre la existencia de *epirrema* y la acción del contexto—. Ahora bien, estas objeciones no deben empañar la buena impresión general del libro. Además, de seguro que la autora conoce estos otros planteamientos metodológicos, que, no obstante, ha dejado de lado por parecerle menos apropiados.

En realidad, el libro sólo tiene dos puntos realmente negros. Uno es su presentación formal, que supone un verdadero obstáculo para una lectura medianamente cómoda; aunque es evidente que esto cae fuera de la responsabilidad de la autora, nueva víctima de la penuria por la que pasan las publicaciones científicas en este país. En segundo lugar —y esto sí que hay que imputárselo— es realmente torturante la relación entre las notas y la bibliografía: en aquéllas sólo menciona el autor y la página en cuestión, pero sucede que el apartado bibliográfico va ordenado por conceptos —prueba, por otro lado, de que la autora se lo ha leído casi todo—, lo cual hace que haya que revisar toda la relación de títulos, en especial cuando el autor citado no es muy conocido.

También es cierto que estas últimas consideraciones son más bien de tipo material que de fondo. Para concluir, yo diría que estamos ante un libro bien elaborado, y del que se sacan, al nivel en que se mueve, útiles observaciones y sugerencias.

JOSÉ MARÍA LUCAS

EURÍPIDES. — *Hipólito*. Texto, introducción, nueva traducción y notas de C. MIRALLES. Barcelona, Bosch, 1977, 209 pp.

Las páginas iniciales (13-17 y 19-20) están dedicadas, respectivamente, a presentar una cronología literario-histórica desde el 484, año del nacimiento de Eurípides, hasta el 405, un año después de la muerte del autor trágico, y a dar una lista de abreviaciones. Encontramos, después, cuatro capítulos referentes a la vida y época de Eurípides (pp. 21-40); obras de Eurípides (pp. 41-63); lengua y estilo del *Hipólito* y métrica (pp. 64-72); e influencia de Eurípides y fortuna del *Hipólito* (pp. 73-84).

En la primera parte, se compara la *Vida de Sátiro* y la que aparece en ciertos manuscritos medievales. Destaca el editor, al enmarcar la figura de Eurípides entre sus contemporáneos, diversos rasgos del poeta griego: antibelicismo; carácter innovador; crítica de la religión tradicional; posición central del hombre dentro de su obra; etc. La segunda parte enumera las tragedias eurípideas conservadas, dando diversos criterios de división y clasificación de las mismas, así como una cronología; trata ciertos aspectos relevantes en el trágico: la mujer; la relación del hombre con la comunidad; la tendencia hacia la intriga, lo novelesco y la evasión; etcétera. Naturalmente, el tema central del *Hipólito*, que aparece, por lo demás, en diversas culturas con variantes, ocupa una notable extensión del comentario. Abundan las referencias al *Hipólito velado*, drama perdido para nosotros, y a la *Fedra* de Séneca. Se nos advierte sobre las principales innovaciones del *Hipólito*

que nos ha llegado: Fedra muere a la mitad de la tragedia; Eros es una enfermedad incurable; la soledad de Hipólito; etc. Sigue un resumen métrico de las partes líricas del drama estudiado y ciertas reflexiones sobre la estrecha unión entre significante y significado en la obra eurípidea.

Por último, se aborda la influencia de Eurípides en las épocas helenística y romana y, también, durante el Renacimiento, con un notable interés por *Hipólito*.

Entre pp. 94-209 tenemos el texto griego y la traducción. A propósito del griego no se nos dice el texto básico seguido, pero hemos advertido en él un deseo de evitar las excesivas correcciones a que nos tiene acostumbrados la edición de G. Murray. Así, de una lectura atenta de los primeros trescientos versos y de las partes líricas en su totalidad podemos decir que el editor:

1. Mantiene la lectura unánime de los manuscritos, frente al texto de Murray, en vv. 33 ὠνόμαζεν ἰδρῦσθαι, 99 σεμνήν*, 103 σεμνή*, 271 ἐλέγχουσ*, 733-734, 1279 αἰθόμενος* y 1372 τάλανα*.

2. Prefiere las lecciones de otros manuscritos: 76 σιδηρος*, 178 λαμπρός*, 670 λόγον, 671 λόγων. Lee con Barrett v. 734 ss.

3. Corrige el texto: 42 Θησέως παιδί, con Wilamowitz; 364 σᾶν, φίλα*, con Elmsley; 547 εἰσερίτ; 847 <αλατταῖ>* Kirchoff; 1381 μένει* Wilamowitz.

4. Advertimos una errata de imprenta en 738.

La traducción, recogida en una prosa ciertamente poética, es por lo general ajustada y precisa, si bien nos chocan algunos aspectos de la libertad mantenida en el orden de palabras. Podríamos hacer algunas observaciones en lo referente a los primeros trescientos versos: v. 11, «casto» se atribuye a Píteo, no a sus enseñanzas; 21, podría retocarse, pues Fedra se siente presa del amor «al ver» a Hipólito; 67, «amplio» es el cielo; 92, 100 y 110 admiten ligeros retoques; etc.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

MEISSNER, HELMUT. — *Der tiefere Logos Platons. Eine Auseinandersetzung mit dem Problem der Widersprüche in Platons Werken*. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1978, 222 pp.

No parece fácil aportar ideas nuevas al conocimiento de Platón. La abundancia de artículos y monografías sobre el filósofo ateniense contribuyen también a esta dificultad. Sin embargo, debido indudablemente a la monotonía y absoluta falta de originalidad de muchas de esas investigaciones, la renovación de las perspectivas para estudiar a Platón constituye hoy uno de los más interesantes retos para la historia de la filosofía.

A pesar de su pretendida originalidad, el libro de Meissner no va contribuir excesivamente a esa renovación. Este trabajo, que reelabora una tesis doctoral presentada en la Universidad de Heidelberg, comenta en sus cuatro capítulos cuatro pasajes importantes del texto platónico. El primero aborda algunas etimologías del *Crátilo*, con la pretensión de encontrar, más allá de «lo que Platón dice en una primera lectura» un sentido más profundo y aparentemente contradictorio de

* Así aparece también en la edición de W. S. Barrett, *Euripides. Hippolytos*, Oxford 1964.

lo que esa primera lectura indica. En el segundo se analiza el ejemplo de los «jardines de Adonis», para entrar en una discusión sobre el sentido de la escritura y su supuesta inferioridad ante el lenguaje hablado, que parecería defender Platón. Con la misma intención de mostrar que Platón piensa «profundamente», más allá de lo que «superficialmente» dice, el autor estudia el excursus filosófico de la *Carta VII*, para mostrar también la dualidad que se esconde en el *logos* platónico. El último capítulo expone, a propósito del término «dialéctica», algunos pasajes como el mito de la caverna, o la comparación de la línea y del sol, en donde también se intenta descubrir esa «doble verdad» del discurso platónico.

Los resultados son, más bien, pobres y aunque el autor dice usar con extraordinaria exactitud y cuidado lo que él llama método filológico, la originalidad de este método consiste en estructurar, en esquemas triviales, términos como *synousia*, *ousia*, *hypomnēmata*, *paideia*, *graphein*, *nomos*, *hypóthesis*, etc.

Meissner pretende en su libro dos cosas: mostrar, en primer lugar, que puede darse una nueva lectura de Platón, olvidándose del carácter libre y oscilante del diálogo y sometiéndolo a un riguroso análisis lógico, y, en segundo lugar, que el carácter del «diálogo como escritura» permitió a Platón esconder en esa escritura sus verdaderas opiniones. Como consecuencia de todo ello, Meissner divide a los lectores de Platón en dos clases: aquellos que se conforman con lo que, a primera vista, parece decir Platón, por ejemplo, que la escritura es inferior al lenguaje hablado (los «jardines de Adonis» del final del *Fedro*), y otro tipo de lectores «más profundos» que, después de largos años de investigación, son capaces de sacar a luz lo que Platón, hábilmente, había ocultado. Por ejemplo, si Platón no hubiese sido un acérrimo defensor de la escritura «a pesar de lo que parece decir», no habrían llegado hasta nosotros sus diálogos. Que para alcanzar semejantes obviedades sea preciso gastar más de doscientas páginas, y que, con ello, se intente establecer un método renovador de los estudios platónicos, resulta bastante incomprensible. El esfuerzo del autor, su aparente rigor «filológico», el relativo conocimiento que tiene de una parte de la moderna bibliografía sobre Platón, no han logrado, ni de lejos, situar a su libro en el nivel que pretendía.

E. LLEDÓ

SOLIMANO, GIANNINA. — *Asclepio. Le aree del mito*. Università di Genova, Istituto di Filologia Classica e Medievale. Génova 1976, 147 pp.

Giannina Solimano se propone, según el breve prefacio a su obra, realizar un examen crítico de los principales testimonios literarios, epigráficos y arqueológicos sobre el mito de Asclepio, ya que las numerosas hipótesis formuladas en los estudios más recientes pueden inducir a una cierta desorientación en torno al problema. El trabajo, pues, se plantea como un intento de clarificación sobre la figura de Asclepio, dios, héroe y médico, y se desarrolla a lo largo de cuatro capítulos.

El capítulo primero, «Le testimonianze letterarie», es un examen de los pasajes de autores griegos, desde Homero al Pseudo-Apolodoro, pasando por Hesíodo, Acusilao, Ferécides, Píndaro y el Himno homérico a Asclepio, en los que aparece de alguna forma la figura de Asclepio, sobre todo en relación con su ubicación en Tesalia, su origen humano o divino, su relación con Corónide, Arsínoe y Apolo, el castigo que le impone Zeus por resucitar a los muertos, etc. Toda la problemá-

tica, en fin, en torno al mito de este personaje de rasgos polifacéticos es así ampliamente tratada y discutida con un apoyo bibliográfico, que revela un conocimiento, por parte de G. Solimano, profundo y empleado en el más puro método filológico.

El capítulo segundo, «Le localizzazioni del mito e del culto», recorre los principales lugares de Grecia en donde se hallan indicios más o menos seguros del mito y del culto de Asclepio. Son Tesalia, Beocia, Fócide, Arcadia, Mesenia, Laconia, Argólide, la misma Atenas y otros lugares menos importantes, como Melos, Tera, etcétera. En todos se examinan y discuten las distintas versiones de los mitos y se dan los *stemmata*, que relacionan a Asclepio con algún habitante del lugar estudiado.

El capítulo tercero, «Gli stadi del mito. Un tentativo di cronologia», empleando datos extraídos de la arqueología, las inscripciones, el mito, la historia y la geografía, fija el primer estadio del mito de Asclepio en época micénica con el estudio principalmente de los pueblos flegio y lapita, en relación con esta figura mítica en sus primeros asentamientos en Tesalia y Grecia Central. Serían ellos los que posteriormente, entre los siglos XIV y XII, difundirían el mito de Asclepio en el sur de Grecia. Se puntualiza aquí que lo que emigraría con estos pueblos sería posiblemente sólo la figura y no el mito, que surgiría al irse mezclando con creencias y figuras de los distintos lugares. La épica, en fin, colaboraría en gran medida a la formación de Asclepios como héroe, ya que son muchos los lapitas, él era lapita, que intervienen en las expediciones de los Argonautas y de la cacería de Calidón, por lo que se hace intervenir a Asclepio en ellas, e incluso algunas versiones lo hacen ir a Troya con Filoctetes. Su figura y su mito se van enriqueciendo igualmente, al atribuírsele los milagros de otros grandes sanadores de la Antigüedad, como Melampo y Políido.

Por último, el capítulo cuarto, «Origine e natura di Asclepio», nos ofrece un resumen de los datos sobre los orígenes y la naturaleza de Asclepio, tras plantearse Solimano la dualidad de su persona como héroe y como dios y haber señalado que sólo a partir del siglo VI se puede hablar de manifestación de la divinidad de Asclepio. Los datos que ahora se recogen son los siguientes: Asclepio nace de una mortal (Corónide, Arsínoe o quizá Alcipe) y de un dios, Apolo, o de un mortal, Isquis; se relaciona con la muerte; su actividad principal es la medicina, pero también la mántica; hay competiciones agonales en las fiestas en su honor; es jefe de una familia, los Asclepiadas, descendientes de sus hijos Macaón y Podalirio; se relaciona con la guerra y con la caza; es fundador de ciudades; se le aplican epítetos comunes a otras divinidades afines, también médicos; su culto, por último, tiene lugar normalmente junto a fuentes y hay en él incubación. Sus epítetos y atributos lo relacionan con animales y plantas, entre los que se encuentran: el ciprés, el laurel, el olivo, la serpiente, el perro, el gallo, el toro, etc. En general, es difícil decir cuándo se trata de un culto a un héroe o a un dios, ya que muchos de estos elementos los encontramos tanto en la estructura heroica como en la divina. La solución podría quizá encontrarse, si no se parte de categorías esquemáticas, como son las de dios, héroe y demon. En este punto Solimano hace una pequeña incursión a los datos ofrecidos por la etnología y el estudio del origen de la religión e intenta explicar así la mezcla de los distintos elementos en Asclepio, que, sobre todo, es una potencia benéfica de la tierra, que en su difusión en época micénica adquiere nuevos rasgos en las distintas regiones donde se asienta su culto y pierde otros.

El trabajo realizado por G. Solimano es denso y está bien documentado. El problema creemos que ha sido expuesto en líneas generales con precisión y con la claridad que permitía un tema tan complejo. Los estudios sobre cualquier figura del mito o la religión griegos, son necesariamente arriesgados, máxime cuando las fronteras no se hallan bien delimitadas, como es el caso de Asclepio. De todas formas el estudio se enmarca dentro de una línea de investigación muy tradicional dentro de la Filología clásica, que, en general, se muestra reacia a la aplicación de métodos, en donde los datos se extraen de culturas más alejadas y en donde las fuentes principales no son precisamente las literarias. No sabemos si G. Solimano va a ofrecernos en un futuro un estudio sobre la figura de Asclepio desde un punto de vista antropológico y etnológico, como parece que nos anuncia en su breve introducción a la obra, en cualquier caso, no creemos que con ello los resultados vayan a ser muy diferentes a los obtenidos. En el estudio del mito y la religión, en general, la aplicación aislada de cualquiera de los métodos conocidos (filológico, etnológico, estructural, etc.) se revela pronto como insuficiente; y sólo un uso moderado de los distintos aspectos positivos de cada uno de ellos obtiene datos y arranca interpretaciones seguramente cercanas a esa verdad, con tanta frecuencia, avara de sus secretos.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

FASCE, SILVANA. — *Eros. La figura e il culto*. Università di Genova, Istituto di Filologia Classica e Medievale. Génova 1977, 238 pp.

El mérito primero de este estudio es el de su amplia perspectiva al analizar el significado y las prerrogativas de Eros en el culto y la literatura helénica. Eros tiene aspectos varios y un valor religioso un tanto ambiguo, por lo dulciamargo de sus efectos, por su impacto sentimental y su dudosa vinculación con la vida comunitaria y con el culto oficial. Es curioso advertir que no hay muchos estudios de conjunto sobre el tema. El libro de F. Lasserre *La figure d'Eros dans la poésie grecque* es de 1946 y sólo trata de las referencias de la poesía; aunque es un libro muy útil y que S. Fasce ha utilizado bien. El más reciente de A. Lesky *Vom Eros der Hellenen*, Göttingen 1976, salió editado muy poco antes que éste (y por ello no ha podido ser consultado), y el de K. J. Dover *Greek Homosexuality* (Londres 1978) es posterior.

Creo, pues, que resulta muy significativo ofrecer el índice del libro, compuesto por los siguientes capítulos: 1. Los lugares de culto; 2. Las fiestas; 3. La función cósmica de Eros; 4. Eros dios de la naturaleza; 5. Eros dios del amor; 6. La función integradora de Eros. Finalmente, en la conclusión, se caracteriza a Eros como «trickster».

Los datos están bien presentados. Tal vez habríamos deseado un mayor detenimiento en el prólogo cuando se habla del problema del nombre de la divinidad, que es también el nombre común para «deseo o pasión amorosa». Dar por liquidado el tema en unos brevísimos párrafos determina una menor profundización en los posteriores análisis. De todos modos hay algo que estos dejan claro. Eros ha sido multiforme, evolucionando hacia el dios niño de la poesía anacreontea desde su primigenio aspecto de divinidad oscura en la cosmogonía hesiódica. Los lugares de culto y las fiestas dedicadas al dios son diversos y no dan una imagen

unitaria de su personalidad, un tanto al margen de la religión oficial siempre. En la literatura Eros se nos aparece como un poder terrible y, a la par, como un dios juguetero y rencoroso.

Creo que los análisis de S. Fasce están presentados con claridad y en un estilo muy llano, sin entrar en honduras psicológicas ni filosóficas sobre el significado último de las evocaciones del dios en tal o cual contexto. Lo cual es un mérito relativo. En la actuación del dios terrible y travieso, destructor y portador de gozo y pesar, hay algo que le aproxima a ese tipo de divinidad o de personaje divino que los antropólogos suelen designar como «trickster», es decir, el «bribón», celeste en este caso. Pero tal vez ese aspecto no nos parezca tan definitorio como le parece aquí a la autora del estudio. También Afrodita o Dioniso presentan esa actuación, que puede ser divertida y terrible, participando del engaño, acarreado la destrucción trágica de algunos mortales, jugando un tanto con la moral al uso sin grandes escrúpulos; y, sin embargo, la calificación de «trickster» no conviene por entero a estos poderosos dioses, representantes más bien de poderes de la naturaleza, situados por encima, o por debajo, del mundo social de la moral y las convenciones humanas. Como un «trickster» vemos a Prometeo en Hesíodo, pero no a Eros.

Con estos reparos puntuales, no dejamos de recomendar este estudio que nos parece muy útil y muy bien ordenado para quien quiera obtener una visión de conjunto sobre este variopinto dios, Eros, tan antiguo y tan moderno, voluble y fundamental.

C. GARCÍA GUAL.

TERENCIO. — *El eunuco*. Introducción, cronología, traducción y notas de A. POCIÑA y A. LÓPEZ. Barcelona, Bosch, 1977, 221 pp.

En esta obra adquieren una considerable importancia sus páginas introductorias, pues, dentro de los límites que acostumbran a tener este tipo de ediciones, no había mayor abundancia de datos y precisión en las ideas, con vistas a situar a Terencio en su marco histórico y en el lugar que le corresponde en el curso del desarrollo del teatro romano. Estas indicaciones van acompañadas de otras sobre la lengua y la métrica de Terencio, así como de la obra en particular que ha sido traducida. No falta una referencia muy útil a lo que fue la crítica latina sobre Terencio y su obra. El conjunto de esta introducción resulta, en fin, muy completo y proporciona una visión general y personalizada de la obra terenciana, como podía esperarse del conocimiento que los autores tienen sobre el tema.

Bien se hace a lo largo de estas páginas cuando se recalca la idea de Terencio como innovador de la comedia latina, «innovación que suele resumirse como paso de un teatro de línea popular a otro culto», pues me ha parecido que esta idea es la que informa la traducción de los autores, de modo que la obra aparece orientada a la lectura fundamentalmente y es casi constante la búsqueda de un lenguaje que, sin dejar de mantener un carácter literario, resulte sin embargo llano y coloquial. El estilo rápido y el tono de proximidad de la expresión excluyen la traducción interpretativa, con lo que se tiende a la máxima literalidad. Ello ha dado lugar a un defecto que tal vez podría haberse obviado: resulta insistente la repetición de deícticos a secas —que van bien en una obra para ser representada

o en un guión—, cosa que además obliga en ocasiones a volver atrás en la lectura buscando la necesaria referencia; por ejemplo: v. 328, *dum hanc sequor* «mientras la sigo» (mientras sigo a la muchacha); v. 444, *huius* «la de ésta» (la de Pánfila); v. 469, *istos* «ésos» (los esclavos); v. 587, *ille* «aquél» (Júpiter); v. 620 *retinendi illius causa* «para retenerlo» (Cremes, con mayor ambigüedad que en los otros ejemplos en cuanto a la referencia del deíctico). Sólo se ha atendido a este particular en los casos más extremos como en v. 345 *huic* «Tais». Algo parecido ocurre en expresiones indeterminadas como v. 776, *omnium rerum* «todas las cosas» («todas las situaciones», L. Rubio); v. 873, *saepe ex huiusmodi re quapiam et / conflatast* «con frecuencia de cosas de este tipo y de un mal comienzo surge una gran amistad» («de una aventura de esta clase», L. Rubio, de acuerdo con el contexto).

Esa misma búsqueda de literalidad origina que, en ocasiones, alguna expresión, al mantenerse excesivamente apegada al texto, no resulte tan coloquial como, sin duda, era el deseo del autor: v. 563, *o festus dies hominis!* «oh día de fiesta mío» («¡oh día grande para mí!», L. Rubio); v. 597, *istuc os tuom inpudens* «ese rostro tuyo tan desvergonzado» («tu cara de sinvergüenza», L. Rubio); v. 971, *ex meo propinquo rure hoc capio commodi* «de esta propiedad mía cercana saco esta ventaja» (saco esta ventaja de la cercanía de mi propiedad).

Con todo, pese a estos pequeños detalles, la traducción es correcta y la lectura se hace agradable, con expresiones que han encontrado su sabor precisamente a partir de la literalidad como v. 531, *o capitulum lepidissimum* «qué graciosísima cabecita», traducción tan expresiva y coloquial como el texto latino; v. 15, *defunctus* «estoy en paz», donde se conserva el juego de palabras originario.

Creo, por otra parte, que hay que resaltar la incorporación —en notas y traducción— de los comentarios de Donato que aclaran extraordinariamente el texto, como en el caso de v. 471, *Aethioplast usque haec* «ésta procede nada menos que de Etiopía» (no «del fondo de Etiopía», L. Rubio).

Así pues, es una traducción absolutamente válida e incluso necesaria si se tiene en cuenta el tiempo que la separa de otras existentes en español.

ESPERANZA FLORES GÓMEZ

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

WEBER, KARL-WILHELM. — *Geschichte der Etrusker*. Stuttgart, Verlag W. Kohlhammer, 1979, 215 pp. + 3 dibujos + 11 fotografías.

Ya desde las primeras páginas señala el A. que, aun cuando no faltaban exposiciones generales de la «civilización etrusca» (Pallottino, Heurgon, von Vacano, Hus, etc.), que contenían breves resúmenes sobre la historia del pueblo etrusco, no había propiamente, hasta este libro, una monografía que describiera de manera seguida la historia de Etruria. Y en la «Introducción» (p. 10 ss.), llena de sensatez y prudencia, en un campo tan resbaladizo y difícil como éste, hace ver que esta anomalía se debía a razones bien comprensibles: porque es delicado el problema de las fuentes, al que hay que añadir además que las noticias, abundantes ciertamente, que nos proporcionan de pasada los historiadores griegos y romanos son en general poco de fiar y carecen de la necesaria objetividad con que trabaja la

historiografía moderna; y porque hay que recurrir a la epigrafía y a la arqueología que colocan al historiador moderno ante difíciles problemas, normalmente muy técnicos, para cuya solución se precisa de una competencia grande en esta especialidad tan compleja y delicada. Etc. No es sorprendente, por tanto, que nadie hasta ahora nos hubiera contado de manera seguida la historia del pueblo etrusco, si bien es cierto que había numerosos y dispersos artículos de revista; y monografías sobre aspectos pequeños y muy concretos de esta historia, y que el A. aprovecha para redactar su libro.

Y hay que señalar también otra dificultad más: una buena parte de lo muchísimo que se ha escrito sobre los etruscos, sobre todo por y para aficionados, se ocupa preferentemente del «misterio» de los «orígenes» del pueblo etrusco y especialmente del «fascinante enigma» de su lengua, porque no hay pueblo de la Edad Antigua sobre el que existan tantos clichés deformadores y prejuicios infundados, sobre todo en libros de divulgación, que hacen la delicia de los profesionales de la etruscomanía. «Die Etrusker gelten —dice el A. (p. 11)— weithin noch als geheimnisumwittertes Volk; die Problematiken der 'Herkunft' und der Sprache werden auch heute noch mitunter gleichsam zu den 'zentralen Mysterien' dieses Volkes hochstilisiert, trotz aller Aufklärungsarbeit der Etruskologen. Hinzu kommt eine Reihe anscheinend nicht ausrottbarer Klischeevorstellungen: Man denke beispielsweise an das Bild des feisten, genussüchtigen, sexuell ausschweifend lebenden, grausamen Etruskers», prejuicios con los que hay que romper también y tratar de hacer ciencia rigurosa. Y lejos de los excesos del historicismo hay que decir que el etrusco, en palabras del A., es «ein ganz normales Volk» (p. 12), y que hay que situarse lejos también de la etruscomanía (la expresión es de A. J. Pfiffig, *Einführung in die Etruskologie*, 1979, p. 2; véase sobre todo el cap. I de esta excelente y sobria introducción) que atrae especialmente a los aficionados y que Europa ha padecido durante los dos o tres últimos siglos. Conviene, pues, dejar bien claro que los etruscos y todo lo que se refiere a ellos, dice el A., no son un «enigma», sino un problema científico como cualquier otro que ha de ser resuelto con los procedimientos y métodos de la ciencia positiva.

Y una cuestión previa más, del todo conexas con esta anterior y que el A. expone muy bien: es que además hoy vemos bien que el problema de los «orígenes» estaba mal planteado y era metodológicamente incorrecto; y que hoy se da por del todo superada la actitud de los que sostienen unilateralmente cualquiera de las tres tesis tradicionales; cada una de ellas por separado —se piensa ahora— tiene algo de verdadero y no la tiene si es excluyente. La nueva visión actual de las cosas tiene ya más de tres decenios y fue bien formulada ya por M. Pallottino (1947) y sobre todo por el F. Altheim (1950) y A. J. Pfiffig resumiéndolas ha podido escribir recientemente (*ob. cit.*, p. 7): «Die Etrusker sind tatsächlich von nirgends hergekommen —womit aber wieder nicht gesagt ist, dass sie autochthon, also 'Ureinwohner' der Toskana sind. Es sind ja auch nicht z. B. die Franzosen 'von irgendwo hergekommen' oder in Frankreich autochthon im Sinne einer Urbevölkerung. Dasselbe könnte man von den Amerikanern und manchem anderen Volk sagen», sensatas y casi perogrullescas palabras. Hoy se piensa, en general, que en la etnogénesis del pueblo etrusco hay que ver el resultado de la fusión («Volkschmelzung») de elementos étnicos y lingüísticos de muy distinta fecha y procedencia y hay que subrayar que esta fusión de componentes tan heterogéneos se ha realizado en suelo itálico, y que por lo mismo, efectivamente, «los etruscos no han venido de ningún sitio» e incluso que el elemento que procede de Oriente,

y que tanto ha dado que hablar desde Heródoto, llegó a la península itálica en distintas oleadas que se suceden, según parece, a lo largo de varios milenios y que así tampoco hay unitariedad étnica, ni lingüística, en este componente. Véase ahora R. Elste, *Zur Vorgeschichte der Etrusker*, 1979, p. 17 ss. En cualquier caso al A. le interesa no tanto el origen sino más bien el lento proceso de fusión y consolidación («Der Prozess der Volkwerdung») de estos elementos que van a dar, con el paso de los siglos, al pueblo etrusco, y así dedica un solo capítulo, el II («Orígenes de los etruscos»), a este problema, enmarcado entre el I («Italia anterior a los etruscos») y el III («Consolidación de la nación etrusca»).

Así pues, el A., lejos ya de actitudes y planteamientos historicistas extremos, estudia las grandes líneas de la historia —no prehistoria— del pueblo etrusco: se trata de un pueblo itálico más que convivió con los otros, especialmente con Roma, y cuya historia se extiende desde el siglo VIII hasta que lentamente, en decadencia desde el siglo IV, se acaba apagando a finales de la República romana. Historia seguida, ciertamente con lagunas importantes, pero que permite seguir sus grandes líneas y desde luego las épocas más distintivas con sus rasgos esenciales. El hecho de que no podamos ver la intrahistoria del pueblo etrusco, y esto en la historiografía moderna es lo que interesa más («hinter die Kulissen des historischen Geschehens zu blicken, die eigentlichen Kräfte der politischen Entscheidungen zu analysieren, die hinter den äusseren Vorgängen stehenden Überlegungen und Einflüsse zu ergründen, ist im Falle Etruriens meistens völlig ausgeschlossen», p. 11) no es razón suficiente para que esta limitación nos lleve a renunciar a la descripción de lo que se sabe, mucho pese a todas las dificultades, de la Etruria de época histórica.

El libro está dividido en nueve densos capítulos de apretada tipografía; ya he hecho referencia a los tres primeros. El IV se ocupa de las relaciones de los etruscos con los griegos y cartagineses en el Mediterráneo occidental; el V, de la expansión etrusca en Italia; el VI, de la Roma primitiva como πόλις τωρρηνης (cf. Dionisio de Halicarnaso, I 29, 2); el VII, de los rasgos fundamentales de la organización social y política de Etruria; el VIII, de la crisis y decadencia y, por último, el IX, de Etruria y Roma en los siglos IV-I a. C. Entre las pp. 96-97 hay once fotografías en blanco y negro; hay que destacar la n.º 7, que reproduce el conocido grupo de Anquises a hombros de Eneas, de la Villa Giulia (Roma), que —comenta el A. al pie— «deutlich macht, dass der Mythos des 'trojanischen Stammvaters der Römer' bereits im Etrurien des 6.Jh.s v. Chr. bekannt war». Véase bibliografía reciente sobre este controvertido punto en la p. 196, n. 28. En el cuerpo mismo del libro hay tres mapas: uno general de Etruria (p. 39), otro del Lacio y Campania (p. 69) y, por último, otro de Italia del Norte (p. 81). Hay además una detallada tabla cronológica (pp. 209-210) y un índice onomástico y a la vez de materias, demasiado breve y esquemático. Echo en falta un índice de fuentes y una bibliografía ordenada de la amplia documentación que maneja el A., desplegada en las numerosas y precisas notas (pp. 183-208).

El libro es una síntesis de alta divulgación y que por lo mismo no se dirige, primariamente al menos, a los especialistas. No se trata, así, del clásico manual que meramente se consulta, sino de un libro pensado y escrito para ser leído de seguido. Y es sobrio y serio —lo que no es poco tratándose de un libro que se ocupa de los etruscos—, riguroso siempre y bien documentado en todas sus partes. Y, debo decirlo también, de prosa excesivamente pesada y cargada, plomiza con frecuencia demasiada; yo no creo que, de ningún modo, haya incompatibilidad

alguna entre el rigor científico de una ciencia tan positiva como la nuestra y la agilidad en la narración, y menos en un libro tan descriptivo como éste. Pienso también que se le podrían poner muchos y pequeños reparos —y algún colega lo ha hecho ya—, pero también que un libro como éste no debe ser examinado críticamente en la precisión de sus detalles, sobre todo cuando hay que destacar, antes de nada, que como primera exposición de la Historia de Etruria, el objetivo ha sido llevado a término cumplidamente.

Karl-Wilhelm Weeber es *wissenschaftlicher Assistent* en el Departamento de Filología Clásica de la Universidad del Ruhr (Bochum).

MIGUEL ANGEL SAN MARTÍN

PAPASTAVROU, J.—*Themistokles. Die Geschichte eines Titanen und seiner Zeit*. Versión alemana de A. SIDERAS. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, XII + 155 pp.

Dentro de la colección que lleva por título «Erträge der Forschung», apareció en Darmstadt en 1978 la traducción al alemán de la obra de Papastavrou que, dedicada a Temístocles, es objeto del presente comentario.

El libro se divide en varias partes tras la advertencia preliminar del traductor y el prólogo, consistiendo la primera de ellas en un capítulo de carácter introductorio en el que se estudian el imperialismo aqueménida y la situación política y militar de la Hélade, con especial referencia a Atenas, en el momento inmediatamente anterior a la segunda guerra médica.

Sigue a continuación la narración de los orígenes y del carácter de Temístocles, de sus primeras actividades políticas y de su actuación en el decurso de la segunda contienda greco-persa, finalizando esta sección, que comprende el núcleo del trabajo al que el autor dedica cuatro capítulos, con el relato del destino de Temístocles, quien tras su relación con Pausanias habría de morir de manera menos trágica que él, pero refugiado en el territorio sujeto a la soberanía del hijo de quien había sido derrotado por el propio Temístocles en Salamina, es decir, de Artajerjes.

Concluyendo la presente obra con una selección del epistolario de Temístocles que en el siglo II d. C. fue recopilado por un escritor anónimo en base a Heródoto, Tucídides, Éforo, Plutarco y otros comentaristas del período helenístico, y con una no muy extensa bibliografía, se puede afirmar que el trabajo de J. Papastavrou no es más que una biografía convencional de Temístocles, con un planteamiento y una metodología de todo punto desfasadas.

Ya en el subtítulo (*Die Geschichte eines Titanen und seiner Zeit*) se observa el «carlylismo» inherente a todo el libro, cuyo contenido se viene a reducir al desarrollo puntual de los acontecimientos que jalonan la trayectoria vital de Temístocles, siendo muy escasas las referencias a la época, con lo que merece tan sólo cierta atención el análisis de los grupos políticos atenienses en el instante previo al desencadenamiento de la invasión de la Hélade por parte de Jerjes (pp. 5-9).

La metodología está asimismo desfasada, ya que, aparte de incurrir en la etopeya (pp. 13-17), procedimiento de rica tradición literaria pero abandonada hoy por la investigación histórica, en lo concerniente a las fuentes utilizadas las ediciones no aparecen en la bibliografía, sino que únicamente son citadas por el traductor Alexander Sideras en la advertencia preliminar (p. IX).

Por lo que se refiere a los resultados, éstos son muy pobres, limitándose esta obra a ser una biografía divulgativa de Temístocles concebida como un mero recuento de los acontecimientos externos que le tocaron vivir, mas sin profundizar en ninguno de ellos.

Analizando este libro, se puede constatar en suma lo lejos que nos encontramos de las modernas tendencias historiográficas, que intentan el estudio de figuras individualizadas como exponentes de todas las corrientes de su época y en las que la exposición de los hechos de su vida es una parte más y no la esencial, destacando a este respecto como modelos a imitar dentro de la bibliografía más actualizada las investigaciones de T. D. Barnes acerca de Tertuliano y de Eusebio de Cesarea (cf. respectivamente T. D. Barnes, *Tertullian. A historical and literary study*, Oxford 1971, y *Constantine and Eusebius*, Cambridge, Mass., 1981).

GONZALO FERNÁNDEZ

WALBANK, F. W.—*A Historical Commentary on Polybius*, vol. III. Oxford, Oxford University Press, 1979, 834 pp.

Con este volumen III, Walbank termina el comentario a la *Historia* de Polibio. La filología y sobre todo la que sirve de base a la historiografía no agradecerá bastante el esfuerzo y buen trabajo de este autor que, con paciencia digna de todo encomio, ha llevado a cabo una obra para mucho tiempo.

Este volumen continúa, en general, la metodología practicada en los dos anteriores, si bien ofrece ciertas particularidades debido a que el contenido de los libros ha sido transmitido de forma más deficiente. Pues bien, el volumen contiene el comentario de los libros XIX-XXXIX; del XL, que sería el último de las *Historias*, no queda nada. Nos encontramos, en primer lugar, con una introducción, pp. 1-62, en la que se da cuenta de cada uno de los libros sobre dos nociones básicas: una de qué tipo de *excerpta* consta el libro respectivo y, la otra, su correspondencia con la obra de Tito Livio. Ambas nociones son, naturalmente, de gran utilidad. Al final de esta introducción, Walbank presenta una tabla de los fragmentos de los libros VII-XXXIX —deja fuera el libro XXXIV— ordenada por Olimpiadas y su traducción a años, de un lado, y por países a los que se refieren los fragmentos bajo la consabida fórmula de *Res Italiae*, *Res Hispaniae*, etc., de otro.

Luego se ofrece el comentario. Este se basa sobre el texto de Büttner-Wobst, que en general respeta. Cuando no considera muy sólido el lugar de un fragmento, Walbank presenta dicho fragmento encerrado entre corchetes, como es el caso de XX 12, 1. Y la verdad es que uno debe admirar la cantidad de datos y el gran número de informaciones. Podría decirse que Walbank reúne aquí todo lo que se nos ha transmitido respecto al período de tiempo que va desde 168 a 145 a. C. En este contexto debe decirse que el libro XXXIV está dedicado a la descripción geográfica, donde se registran los fragmentos que hacen referencia, desde el punto de vista geográfico, a Iberia, 8, 1-9, 15: se trata de un excelente estudio, en el que se pone a prueba los más recientes estudios y se lleva a primer plano la discutida influencia, en esta materia, de Polibio sobre Estrabón. Tema éste muy interesante para nosotros.

Asimismo hay que reseñar que Walbank acepta para el libro XIX, que no se benefició ni de los *Excerpta Constantiniana* ni de fragmentos procedentes de la *Suda*, dos fragmentos que Büttner-Wobst ya había propuesto. Sin embargo, la importancia de esta nota reside en que el primer fragmento, que es tomado de Plutarco, *Cat. mai.* 10, 3, Büttner-Wobst lo hace derivar de *Res Italiae*, mientras que Walbank, a mi parecer con acierto, de *Res Hispaniae*. El fragmento se refiere al episodio de la venida de Catón el Mayor a Hispania hacia 185 a. C., dada la situación crítica de esta Provincia romana. El fragmento presenta dificultades, hasta el punto de que se habla de un error de Plutarco porque hace intervenir a Catón ἔντος Βαίτιος ποταμοῦ. Pero Walbank no encuentra dificultad en aceptar la noticia de Plutarco puesto que, como luego en *addenda ad hoc*, p. 793, hace constar, Plutarco narra los acontecimientos desde la terminología de su época, donde la distinción de *Hispania citerior* y *Hispania ulterior* era nomenclatura común.

A continuación del comentario propiamente dicho, el autor presenta una serie de fragmentos, pp. 745-756, de difícil atribución, ya a un libro determinado, ya a unos hechos históricos concretos. Todo en este apartado es conjetural y, en realidad, una puesta al día de la bibliografía al respecto. Después nos encontramos con un apartado de *Addenda* y *Corrigenda*, tanto al vol. I como al II y al III. Y no se trata tanto de correcciones, que las hay, sino de aportaciones de nuevas investigaciones llevadas a cabo: por ejemplo, I 8, 3, la ciudad de Mergane, ciudad desconocida de Sicilia, ahora se identifica con Morgantia, en Sierra Orlando, y ya incluso excavada. Por último se registra un índice general, otro de autores y pasajes y un tercero de inscripciones, papiros y óstraca. Todo ello facilita, sin duda, el manejo de este tercer volumen. Un libro excelente e imprescindible para cualquier estudio sobre Polibio.

A. DÍAZ TEJERA

V. VARIA

L'Astronomie dans l'Antiquité classique. Actes du Colloque tenu à l'Université de Toulouse - Le Mirail, 21-23 Octobre 1977. París, Les Belles Lettres, 1979, 260 pp. + 3 láms.

Los estudios de Astronomía grecolatina han ido adquiriendo en Francia un relieve especial en los últimos decenios. Desde el *Arato* de Martin en 1956 hasta las recientes ediciones de Gémino o de Autólico a cargo de Aujac hay toda una producción importante. Y una nueva prueba de ello es el volumen que ahora reseñamos, en el que se recogen las comunicaciones de un Coloquio mantenido en Toulouse en 1977 sobre la Astronomía en la Antigüedad clásica, y en el que participaron tanto filólogos como astrónomos.

El libro viene enmarcado por dos intervenciones del astrónomo H. Andrillat. La que abre el volumen pergeña el panorama actual de la Cosmología, y se centra en el problema de la gravitación del Universo a la luz de dos teorías: la de Newton y la relativista de Einstein, a la última de las cuales dedica una mayor atención sacando una serie de aplicaciones específicas para la Astronomía. La intervención final es una reflexión general sobre el desarrollo de esta ciencia en Grecia, en la que destaca su relación intelectual estrecha con la Filosofía. Sus con-

LI, 2.º — 13

sideraciones son oportunas, aunque, pienso, un tanto conocidas, pero siempre merecedoras de una atención especial al provenir de un profesional de la Astronomía moderna. Tal vez se ha descuidado hacer hincapié en la aportación de la Astronomía griega al desarrollo de una metodología científica, que arranca de los avances en el campo de la Lógica y, de una manera más directa, en los estudios de Geometría.

El cuerpo central del libro está dividido en dos grandes apartados: el primero agrupa una serie de comunicaciones sobre la Astronomía griega, mientras que el segundo está dedicado a la latina.

La parte griega se abre con una visión general de esta ciencia en el mundo helénico a cargo de la profesora Aujac, que a grandes pinceladas nos describe los siete momentos para ella capitales de la historia astronómica así como los tres campos centrales de investigación. El resto de esta primera mitad del volumen está dedicado a estudiar de forma individual algunas de las figuras más relevantes de la Astronomía griega: desde sus primeros escarceos con Alcmeón hasta las épocas tardías de un Simplicio, el comentarista de Aristóteles, pasando por Autólico de Pítane, Euclides, Arato, Hiparco y Cleomedes. Algunos de estos trabajos son un tanto generales, aunque siempre de utilidad tratándose como se trata de contenidos especialmente difíciles. Alguno, no obstante, trata de aspectos mucho más concretos, como sucede con el estudio de Martín sobre la composición de los *Fenómenos* de Arato, donde precisa y matiza algunos puntos de su trabajo anterior. De todas formas, y aparte de la utilidad que aportan estas visiones generales de los varios astrónomos estudiados, este volumen contiene una información importantísima en el cuerpo de las notas, que es la mención de toda una serie de traducciones recientes de este tipo de autores no publicadas en los cauces tradicionales, sino que por el momento se hallan en estado dactilografiado como Memorias de Maîtrise. Toda esta labor es evidente que supondrá una gran ayuda para una futura aproximación a tales autores, así como anuncia de forma incontestable un auge en los estudios de la Astronomía griega.

La segunda parte del volumen está destinada a la aportación latina. Después de una panorámica general a cargo de J. Soubiran, donde destaca que la vena creadora se termina con la aportación griega, se pasa a una serie de trabajos sobre autores concretos: Lucrecio, Higino, Lucano y Avieno. De todos ellos tal vez el más interesante sea el también de Soubiran sobre las consecuencias del replanteamiento textual de dos pasajes de los *Aratea* de Avieno: según el primero habría que retrotraer hasta, por lo menos, Avieno el descubrimiento de la nebulosa M31 de la Andrómeda, frente al criterio más generalizado que lo posponía hasta principios del siglo XVII; en un segundo momento fundamenta textualmente la atribución, hasta ahora sin base real de fuente alguna, de que fue Solón quien instituyó el ciclo de ocho años.

En resumen, el libro es interesante y útil por diversos conceptos, a la vez que nos hace presagiar el resurgimiento de los estudios astronómicos de la Antigüedad clásica en un futuro próximo.

JOSÉ MARÍA LUCAS

VI. RESEÑAS BREVES

SOTIION (*Die Schule des Aristoteles*). Texte und Kommentar herausg. von FRITZ WEHRLI, Supplementband II. Basilea-Stuttgart, Schwabe und Co., 1978, 71 pp.

Nos hallamos ante una buena edición, con traducción y comentario, de los fragmentos de Sotión (ninguno literal). Mantiene la disposición habitual y el alto nivel científico de esta colección.

Todos los fragmentos pertenecen a las Διαδοχαὶ τῶν φιλοσόφων y al «Sobre los silos de Timón» (36 y 2 fragmentos respectivamente), solas obras que Wehrli, creo que con razón, considera auténticas de Sotión. Un importante prólogo aumenta nuestro conocimiento sobre los dos géneros primigenios en que se expresaba la historia de la filosofía: el de las Διαδοχαὶ o «Sucesiones» de filósofos y el de las Αἰρέσεις o «Escuelas» y, también, sobre el lugar de Sotión en esa historia. Y sobre el papel de Heraclides Lembo, que piensa que resumió las Διαδοχαὶ independientemente, sin mezclarlas con la obra de Sátiro.

La edición es muy cuidada y el comentario a los fragmentos, enormemente erudito y exhaustivo.

FRANCISCO R. ADRADOS

GRIMAL, PIERRE. — *Le Théâtre antique*. Col. «Que sais-je?», vol. 1732. París, PUF, 1978, 128 pp.

Tenemos entre las manos un nuevo libro del profesor Grimal para la excelente colección francesa de divulgación «Que sais-je?», en la que ya había publicado anteriormente otros volúmenes sobre diversos aspectos de la Antigüedad grecolatina. Ahora le toca el turno a una visión del Teatro grecorromano.

El tomito está homogénea y sabiamente repartido. Se abre con un primer capítulo dedicado al «lugar del espectáculo», donde describe de una forma clara y esquemática la evolución arqueológica del recinto escénico, desde los primeros momentos griegos hasta la época romana. Luego viene la parte dedicada al Teatro griego, que ocupa los cuatro capítulos siguientes: orígenes, Tragedia, Comedia Antigua, Comedia Nueva. Para concluir con otros tres, algo más breves, sobre el Teatro romano: nacimiento, Tragedia y Comedia.

El resultado, dada la finalidad de la colección en que aparece, es de divulgación. Pero para conseguir una síntesis tan afortunada es preciso previamente saber mucho más de lo que aquí encontramos escrito. Tampoco es menos cierto que hay algún punto más oscuro, como el capítulo dedicado a los orígenes del Teatro griego; y ello no tanto por presentar un punto de visto convencional, sino por la dificultad que el problema entraña en sí mismo. Situación que vuelve a repetirse, aunque en menor medida, al tratar del nacimiento del Teatro en Roma. Pero estos puntos no empañan la excelente visión que nos ofrece el autor, panorama éste que no se limita al marco estrictamente literario, sino que constantemente lo pone en conexión con otros parámetros, como el sociológico o el político. En resumen, un claro, preciso y esquemático compendio del Teatro grecorromano.

JOSÉ MARÍA LUCAS

CL. CLAUDIANI *De bello Gothico*. Edizione critica, traduzione e commento di GIOVANNI GARUTI. Introduzione. Bologna, Pàtron Editore, 1979, 113 pp.

El libro sólo responde al subtítulo. Suponemos que la edición crítica, la traducción y el comentario aparecerán en volúmenes sucesivos.

La introducción queda limitada a los aspectos históricos de la obra, sin que sean tratados los literarios y lingüísticos, de los que, en cambio, se ofrece una amplia bibliografía. Asimismo, el libro aparece inflado por el exceso de citas textuales y de notas a pie de página, que en muchos casos superan el cuerpo del libro.

Esperemos que los comentarios histórico, literario y lingüístico prometidos ayuden a entender uno de los documentos más interesantes de la latinidad tardía.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

CERASUOLO, SALVATORE. — *La teoría del comico nel «Filebo» di Platone*. Nápoles, Turrus Eburnea Editrice, 1980, 54 pp.

Estudio de los pasajes relativos a la tragedia y la comedia en el *Filebo* platónico. En el primer pasaje (48 a) insiste el autor en que Platón habla de mezcla de placer y dolor en los espectáculos trágicos y en los elementos cómicos de la vida; y, sobre esta base, elimina en el texto del segundo pasaje (50 b) el suplemento καὶ κωμωδίας de Hermann, habitualmente admitido. Lo cómico, dice, no es un fenómeno específicamente artístico, sino ético-metafísico; y no entra dentro de los componentes de la *uita beata*, puesto que está constituido de todos los elementos que se contraponen al bien (fealdad, desmesura, falsedad). Toda esta teoría platónica de lo cómico no ha sido bien comprendida, añade, por estudiosos como Croce o Plebe.

En todo caso, pienso que es el concepto mismo de que en la vida los elementos cómicos y trágicos están mezclados, aunque luego el teatro los separe, el que es verdaderamente importante (cf. EMERITA 37, 1969, p. 1 ss.).

FRANCISCO R. ADRADOS